

Reseñas

Margarita Sánchez Romero (ed.) *Arqueología y género*, Granada, Universidad de Granada, 2005, 502 pp. ISBN: 84-338-3345-6.

Las transformaciones sufridas por la arqueología durante el último siglo y medio hacen de ella una de las disciplinas históricas que más visible y eficazmente ha promovido una imagen científica de su quehacer. Más que ninguna otra de las especialidades historiográficas, la arqueología ha proyectado los resultados de sus investigaciones altamente tecnificadas con los recursos retóricos del método científico. Desde esta disciplina, no es del todo infrecuente minusvalorar por interpretativas (sinónimo aquí de poco científicas) las aproximaciones al pasado que no ponen en el centro de su mirada el registro arqueológico. Un registro que puede llegar a considerarse como el único testimonio portador de un discurso sobre el pasado objetivable, verdadero y ajeno a las intromisiones interesadas que en cualquier otro introducen voluntaria e involuntariamente sus agentes humanos. Así, las fuentes arqueológicas se equiparan con la capacidad reveladora e inequívoca de la naturaleza. Y quienes practican la arqueología, con quienes practican la ciencia. Quizá sea por ello que resulte especialmente refrescante la lectura de este libro, que despliega grandes dosis de auto-reflexión crítica desde el corazón mismo de la propia arqueología. Como bien sabe la historia de la ciencia, se trata de un ejercicio intradisciplinar poco común en ámbitos del conocimiento que reclaman para sí estatutos epistemológicos de carácter monopolista.

Este libro reúne diecinueve trabajos de especialistas que dejan al desnudo muchos de los prejuicios teóricos y empíricos de la práctica arqueológica. Su origen es un curso monográfico organizado en la Universidad de Granada, que pretendió acercar al alumnado universitario las reflexiones más actuales que el feminismo ha generado en la arqueología. Para ello reunió a investigadoras españolas de diversas generaciones que trabajan en múltiples temas y espacios geográfico-temporales desde diferentes perspectivas teóricas. Significativamente, entre las autoras se encuentran maestras y alumnas. Junto a las pioneras que han ido formando en su entorno académico más inmediato grupos de trabajo, especialmente en la Universitat Autònoma de Barcelona, la Universitat Pompeu Fabra y la Universidad Complutense, encontramos a investigadoras de otras universidades, especialmente andaluzas, que han ido consolidando líneas de investigación arqueológica sustentadas por los estudios de las mujeres y de género.

Aunque la mayoría de los trabajos refieren un panorama poco halagüeño para el estado español, comparado con tradiciones más sólidamente asentadas como las que se desarrollan en los ámbitos nórdico y anglosajón, la lectura de este libro revela una gran riqueza de aportaciones, en número, calidad y variedad de las contribuciones.

Aunque en su mayor parte procedan del campo de la arqueología prehistórica, junto a aproximaciones abiertamente teóricas o historiográficas encontramos artículos sobre los períodos ibérico, clásico o andalusí. El análisis de la cultura material, de las representaciones simbólicas o de la organización del espacio propia de esas sociedades se realiza desde metodologías diversas que, sin embargo, comparten una pregunta básica: ¿Cómo participan mujeres y hombres en los procesos humanos que generan el registro arqueológico y de qué modos? A esta pregunta central le acompañan otras, que cuestionan los procesos de conformación de las fuentes arqueológicas: ¿Por qué se privilegia el estudio de unos testimonios y no de otros?, ¿Por qué creemos que no existen huellas arqueológicas de determinadas actividades? ¿Cómo podemos generar nuevos objetos y espacios para analizarlos? La crítica a la asignación presentista de roles en base a identidades contemporáneas recorre muchos de los trabajos, que buscan formas nuevas de re-asignación no sólo de roles sino también de valoraciones sociales, creando así la posibilidad de una mirada que perciba la existencia de sociedades en las que las diferencias no necesariamente implicaran jerarquías o desigualdades.

La preocupación patrimonial y divulgadora que ha desplegado tradicionalmente la disciplina arqueológica tiene una presencia importante también en este libro, que se interroga sobre las representaciones sesgadas y las invisibilidades que de la investigación académica se extienden a museos y a manuales. Los análisis de la arqueología feminista son valiosos en muchos aspectos para la historia de la ciencia, de la medicina y de la tecnología, de los que voy a señalar aquí dos. Por una parte, deberían ayudarnos a analizar el carácter sexuado de la cultura material de la ciencia y de lo que nos decidimos a considerar constitutivo de su patrimonio. Y por otra, nos señalan la centralidad y la significación de las actividades de creación y mantenimiento de la vida humana desarrolladas en el ámbito doméstico, uno de los espacios sociales que ha producido un índice más elevado de conocimiento experto y que menor atención historiográfica ha recibido. ■

Montserrat Cabré i Pairet, Universidad de Cantabria

Geoffrey Lloyd; Nathaw Sivin. *The way and the word. Science and Medicine In early China and Greece*, New Haven/London, Yale University Press, 2002, xvii + 348 pp. ISBN: 9780300101607.

Ruego disculpas por la tardanza de esta reseña que, ya que no sirve para difundir el libro, espero que convenga para compartir algunas reflexiones. La primera de ellas surge de la información aportada sobre los contenidos de la ciencia antigua; los propios autores reconocen que pretenden recrear ese saber, ya conocido, con nuevas preguntas, y es precisamente la heurística la que dirige la organización del material. Los conocimientos científicos y médicos se recogen, pues, según un discurso en torno a la cuestión del origen de la actividad racional, que aparece definida como el surgimiento de una atención a la realidad subyacente (Grecia, p. 140) o a la trascendente (China, p. 188). Esto da lugar a un doble modelo clasificatorio y discursivo que evoca el título del libro. Para Grecia (cap. 4, *The Fundamental Issues of Greek Science*), el saber permite repasar la aparición del concepto de naturaleza y de su concepción elementarista, recordar la doctrina etiológica, e interpretar la utilización del modelo matemático como una forma de garantizar la incontrovertibilidad de las doctrinas elaboradas (apartados 3-4): *lógos* como ejercicio de la facultad calculadora, que reconoce particularidades y las significa. En el caso del origen de la racionalidad en China (cap. 5, *The Fundamental Issues of the Chinese Sciences*) el discurso se torna más literario en la propia denominación de los apartados (*the world that concepts describe*) y en la presentación de los contenidos científicos o médicos del propio discurso (conocimiento experto, dualismos, falsas apariencias, orden cósmico, estado como cosmos, cuerpo viviente como cosmos, etc.) como si los fines de la investigación en la sociedad china hubiesen creado ese mundo trascendente y la propia investigación constituyese la *senda* para reconstruirlo: hermenéutica para dotar de sentido a las informaciones concretas.

En los capítulos dedicados a los respectivos medios institucionales y sociales, podemos descubrir el marco exploratorio que organiza la exposición de los conocimientos. Una gran parte de ambos capítulos está constituida por la historia política, enhebrada también por la heurística, debido al intento explícito de rechazar la categoría analítica de contexto (p. 3). En lugar de ella, proponen la de interacción: «the key notion that guides our work is that the intellectual and social dimensions of every problem are parts of one whole» (ibid.), una propuesta que debe conducir a comprender la totalidad del pensamiento y de la práctica del mundo antiguo (pp. xiv-xv). Por ello el marco histórico transcurre a lo largo de seis siglos, y las vicisitudes políticas de tan amplio periodo aparecen como incitadoras de diversas incorporaciones y transformaciones en el saber, a su vez, entendido originariamente como el resultado de la apropiación y transformación del legado lingüístico, esto es, significativo, de la cultura (p.ej., *aition*, pp. 158-165, *ch'i*, 253-256). Sin embargo, los autores no abordan una comprensión lingüística de dicha clase de saberes —enunciados, inscripciones, *différance*—, y se inclinan por efectuar un

análisis sociológico que les resuelve la interpretación al centrarse en los sujetos agentes —los autores de los textos estarían sometidos a un juego de intereses, valores y necesidades que impulsan a la acción científica— y en definitiva, les permite sostener que las ambiciones personales y las circunstancias sociales determinaron la transformación cultural (p. i). Entonces se concluye, si el desarrollo científico está institucionalizado, centralizado, patrocinado y censurado por el estado y si los expertos proceden de un estrato social determinado no ha lugar ni a la competitividad, ni a la rivalidad ni a la disputa, y las creaciones científicas y médicas reproducen literalmente el orden social; por ello, no se da el desarrollo del saber (argumentos, libros, comentarios, memoriales): los científicos se desenvuelven como poseedores de la verdad (p. xv). Y viceversa, el ganarse la vida a través de las ideas suscita tanto la emergencia de una variedad de escuelas y de planteamientos, como la de una diversidad de métodos e insta a la demostrabilidad de las teorías en un ambiente de rivalidad y competitividad —queda así explicada la concepción griega materialista y elementarista del universo—; por ello la escritura es fuente de nuevo y distinto saber (debates, lecturas, diálogos, tratados, comentarios, aquí con el testimonio de Aristóteles) y los científicos aparecen como maestros de la verdad (p. xv). A un lado, China, a otro, Grecia. El método comparativo, en fin, les permite mostrar que la creación del saber es una «manifestación de la totalidad de la vida común», que abre nuevas perspectivas a partir de lo dado, cuando las circunstancias así lo exigen; de ahí que ambas formas científicas acojan valores sociales y, por tanto, que sus similitudes temporales, finalistas y descriptivas (explícitas en la teorización de la relación macrocosmos-microcosmos expuesta en los apartados 5 de los capítulos 4 y 5) supongan meras apariencias. El intento profeso, pero sólo incoado, es visualizar cómo la nueva herramienta, la ciencia, interactúa a su vez en la sociedad.

El objetivo historiográfico y los contenidos y modelos heurísticos aplicados aquí ya habían sido propuestos y trabajados por Lloyd (no hay más que leer el título de su obra *Adversaries and authorities. Investigations into ancient Greek and Chinese science*, Cambridge, CUP, 1996), donde llegó a proponer como disciplina marco la sociología del conocimiento y, a este respecto, ya he mencionado cómo algunas de las nuevas explicaciones evocan las teorías de la lectura y cómo se puede hablar de un hilo narrativo que continuamente vincula el juego entre la senda y la palabra con la construcción argumental. Por esto, me sigue resultando incómodo que se menosprecie un análisis historiográfico (ninguna referencia sobre esta materia aparece en la bibliografía, y en el texto sólo encontramos menciones genéricas a los resultados *vanos* extraídos del acercamiento de la historia social, intelectual o cultural), que es justamente el que configura la ordenación de contenidos, siendo uno y otros, por otra parte, ampliamente conocidos: a fin de cuentas, no hay continuidad ni en la ciencia ni en las concepciones; la ciencia es un modo de explorar el mundo físico en el que las acciones de los personajes en sus propias circunstancias formalizan modelos de comprensión (p. xiii), *the way and the word*, por fin reunidos. ■

Antonio Garzya, Roberto de Lucia, Alessia Guardassole, Anna Maria Ieraci Bio, Mario Lamagna, Roberto Romano (eds.) *Autori della tarda antichità e dell'età bizantina: Medici Bizantini (Oribasio di Pergamo, Aezio d'Amida, Alessandro di Tralle, Paolo d'Egina, Leone medico)*, Torino, Unione Tipografico-Editrice Torinese (UTET), 2006, 908 pp. ISBN: 88 02 07433 X.

Medici Bizantini es un magnífico trabajo de colaboración, dirigido por Antonio Garzya y llevado a cabo por un equipo de filólogos especialistas de las universidades italianas de Nápoles, Salerno y Parigi. Nos encontramos ante una excelente obra que incluye la traducción al italiano, junto a la edición griega, de los textos más representativos de la medicina bizantina tardoantigua. Los médicos seleccionados para este trabajo son: Oribasio de Pérgamo, Aezio de Amida, Alejandro de Tralles, Pablo de Egina y León médico. Los textos traducidos y editados son completados con una excelente introducción y una puesta al día de la bibliografía más reciente.

El libro que reseñamos comienza con una introducción (pp. 9-18) de Garzya, quien resalta los progresos e innovaciones de la medicina bizantina en el ámbito de la oftalmología, farmacología y cirugía. Para Garzya la erudición médica bizantina está basada en la compilación de material antiguo, pero la selección, reducción y ampliación de los textos clásicos, permite una nueva presentación de la fuente original, que junto con la práctica médica aparece impregnada de una nueva ideología en gran parte debida al nacimiento del Estado cristiano. Esta ideología abarca todos los aspectos relacionados con la tríada médico-enfermedad-paciente, un código deontológico propuesto por el pensamiento antiguo y que en época bizantina se ve alterado. Así pues, los prejuicios morales y una ética médica basada en el pudor aparecen reflejados en las traducciones latinas del *Corpus Hipocrático*; los temas referidos a las relaciones sexuales, la homosexualidad, masculina o femenina, son consideradas una perturbación física; la cirugía y el aborto ponen de manifiesto una visión cristiana del cuerpo humano. Los cambios ideológicos se materializan en las nuevas instituciones hospitalarias: *gerokomia*, *orphantrophia*, *brephotrophia* y *lobotrophia*, todas ellas ligadas al concepto de *philantrophia* (solidaridad y compasión). La *techne iatrike* de época clásica se transforma en *techne agapete* (p. 13).

En el presente volumen Roberto de Lucia traduce los libros XXIV y XXV (pp. 19-250) de las *Colecciones Médicas* de Oribasio de Pérgamo. De Lucia, sin duda un experto en la obra de Oribasio, señala los datos biográficos más importantes del médico pergameno, a partir de un exhaustivo estudio de las escasas fuentes que poseemos: Fozio y Eunapio de Sardes.

Oribasio de Pérgamo nació en torno al 325, fue amigo y médico personal del emperador Juliano. La obra de Oribasio, gran parte de ella no conservada, estaba formada por un compendio de la obra de Galeno, una especie de manual dirigido a expertos y neófitos de la medicina, que sólo conocemos por referencias en la *Biblioteca* de Focio.

Las *Colecciones Médicas* son un compendio de 70 libros de medicina griega, basado en la obra de Galeno y en los mejores médicos de la antigüedad. Para De Lucia de esta obra sólo conservamos los libros I-XV, un fragmento del XVI, XXIV-XXV, XLIII-L y algunos libros editados como *Libri Incerti. Synopsis ad Eustathium* es una síntesis de la obra anterior, dedicada a su hijo, y destinada a aquellos que habiendo adquirido conocimientos de medicina deseaban disponer de un prontuario de remedios para utilizar en viajes. *Ad Eunapium* obra dedicada a Eunapio de Sardes, es una síntesis dirigida a quienes deseaban adquirir conocimientos de medicina práctica. La vasta obra de Oribasio es completada con una *Eclogae medicamentorum*, un conjunto de variadas recetas. El estudio de los textos de Oribasio conduce a De Lucia a matizar la relación existente entre el médico y el emperador Juliano, el objetivo último de las *Colecciones* es un intento más, por parte del emperador, de restaurar el helenismo pagano en el ámbito cultural. Juliano tenía un interés personal y técnico por la medicina, el objetivo final de la obra de Oribasio es resaltar la supremacía de los médicos griegos y paganos en contraposición con la filantropía de los milagros cristianos. El contenido de las *Colecciones*, queda mermado por la pérdida de casi la tercera parte de la obra, aunque Oribasio en su proemio indica el orden de la materia. La mayor parte de la obra deriva de los textos de Galeno, pero también aparecen extractos de Rufo, Sorano, Diocles, Ateneo, Antillo etc. De Lucia establece dos principios relacionados con la organización del material: la *completezza e la complementarità*; y otros dos referidos al estilo: *la chiarezza e la sintesi* (p. 28). Los libros XXIV y XXV que magistralmente traduce De Lucia, derivan en su mayoría de las obras de Galeno (*De usu partium* y *De anatomicis administrationibus*), el primero sobre los órganos internos, con un orden *a capite ad calcem*. El libro XXV, referido a los huesos, músculos y nervios, está compuesto por extractos de *De ossibus ad tirones*, *De musculorum dissectione* y *De nervorum dissectione* de Galeno.

La ginecología en *Medici Bizantini* está representada por Aezio de Amida, cuya traducción es realizada por Roberto Romano (pp. 254-553). Las notas introductorias sobre Aezio, incluidas por Romano, revelan los datos biográficos y cronológicos más importantes del médico, así como algunas de las características más importantes de su obra. La obra de Aezio, natural de Mesopotamia, es un tratado de medicina que sigue el ejemplo de Oribasio. Dicho compendio está basado en los escritos de Galeno, Archigenes, Rufo de Éfeso, Dioscórides, Erodoto médico, Sorano, Filagrino, Filomeno, Posidonio y Oribasio. El último libro *logos exkaidekatos*, cuyos textos traduce Romano, pueden dividirse en dos partes: la primera (pp. 1-116), trata de la fisiología y patología femenina y la segunda (pp. 117-144) sobre preparación de ungüentos y perfumes. Aparece también un capítulo ligado a la primera parte sobre cosmética.

La parte tercera de éste volumen se corresponde con la traducción que Alessia Guardasole realiza del libro I de la *Terapéutica* de Alejandro de Tralles (pp. 555-679). Alejandro fue médico bajo el reinado de Justiniano (527-565) y perteneció a una familia ilustre. Su formación y los numerosos lugares que aparecen en la *Terapéutica* (Armenia, Tracia, Corfú, Cirenaica, Roma y Galia) hacen pensar que Alejandro podría haber desem-

peñado funciones de médico en el ejército de Belisario. La *Terapéutica* es un tratado de 12 libros sobre la patología y terapéutica de las enfermedades internas con el orden tradicional *a capite ad calcem*. El libro I trata de las enfermedades de la cabeza; el II versa sobre patología ocular; el libro III expone la patología y terapéutica auditiva; el IV está dedicado a la suva/gkh, una enfermedad relacionada con la respiración y la deglución; la patología respiratoria ocupa el libro V; las inflamaciones de la pleura aparecen en el libro VI; en el VII aparecen las enfermedades del estómago; la cólera es descrita en el libro VIII; el libro IX trata de la patología hepática y la disentería; la hidropesía queda incluida en el libro X; el libro XI está dedicado a las enfermedades genito-uritarias; y el XII a la podagra. Guardasole señala que la obra de Alejandro está influenciada por Hipócrates y Galeno y que su experiencia personal se manifiesta, sobre todo en la terapéutica, donde incluye remedios provenientes de la tradición popular y remedios mágicos, que justifican al médico por la confianza y la sugestión que producen en los pacientes.

En esta obra que nos ocupa, el libro VI de Pablo de Egipto es editado y traducido por Mario Lamagna (pp. 683-783). El objetivo principal, como señala Pablo de Egipto, es sistematizar y resumir la información médica acumulada durante siglos, sobre todo las *Colecciones Médicas* y la *Synopsis* de Oribasio. Lamagna señala que Pablo de Egipto sigue sobre todo a Hipócrates y Galeno, aunque su libro sobre cirugía es original. El autor se refiere a su obra con el nombre genérico de *πραγματεία*, dicho compendio está dividido en siete libros: I sobre higiene, profilaxis y dietética, II referido a patología general y fiebres, III dedicado a la patología local con el tradicional orden *a capite ad calcem*, IV versa sobre dermatología, V sobre toxicología, VI sobre cirugía y el VII dedicado a farmacología. El libro VI está dividido en dos partes, la cirugía de las partes blandas y la referida a los huesos, a su vez dividida en fracturas y luxaciones. La obra de Pablo de Egipto contó con una gran difusión, gracias a la traducción árabe de Hunain ibn Ishāq en el siglo IX d.C., y la traducción latina de la Escuela de Salerno. Pablo de Egipto recibió el sobrenombre de obstetra por una obra, desgraciadamente perdida, sobre ginecología que citan las fuentes árabes.

La última parte de este magnífico trabajo sobre textos médicos bizantinos corre a cargo de Anna Maria Ieraci Bio, quien edita la *Synopsis de natura hominum* (pp. 787-859) de León médico. Este trabajo es introducido con un análisis que permite aclarar los problemas de datación relativos al autor y su obra, también se incluye un resumen sobre las características del tratado de Melezio. Ieraci señala las diferencias entre el texto de Melezio y León, trabajo que es completado con la confrontación del texto y su fuente.

Dos completos índices de nombres y autores (pp. 863-904) ponen fin a una obra cuya edición es impecable, especialmente valiosa y de la que se beneficiarán tanto quienes se dedican a la historia como a la filología, permitiendo un mayor conocimiento de los textos médicos bizantinos, que todavía permanecían sin traducción. ■

Carmen Peña, Fernando Girón. *La prevención de la enfermedad en la España bajomedieval*, Granada, Universidad, 2006, 549 pp. ISBN: 84-338-3920-9.

There are few books currently available on the prevention of illness in medieval medicine that are as substantial and informative as this one. Its authors are long-established and respected authorities in this field. They have the added advantage that one is an Arabist and the other a medical doctor, which allows them a wider vision, given that they approach their objectives from complementary perspectives.

The work in question is very thorough and clearly the result of years of dedication. It combines sources of diverse origins, with texts that often present a complex interpretation but are treated with scientific rigour and, most importantly, touch on aspects that are under-represented in current historiography.

The reason for this under-representation is that the prevention of illness, in antiquity and the medieval world, did not receive the same attention from doctors as actual illnesses, their causes, progression and treatment. However, the great medical writers always reserved a chapter of their work, even in small treatises dedicated to their patrons, for discussion of the factors that affected patients on a daily basis and exerted a significant influence on their health.

The book takes three groups of sources as references. The first constitutes contributions by classical authors, mainly Hippocrates and Galen. The second refers to Arabic authors—or Jews who wrote in Arabic—with contributions by Avicenna, al-Razi and al-Mayusi from the East and by Avenzoar, Averroes, Maimónides and Ibn al-Jatib from Andalusia. The third group acknowledges the debt owed to the Christian and Jewish doctors who inherited this knowledge and translated it into Latin or Castilian for the benefit of the Christian world. Pedro Hispano, Arnau de Vilanova, Juan de Aviñón, Alonso Chirino and the anonymous author of the *Medicina castellana regia* are included among these sources. The book also cites other authors of equal standing but who made a lesser contribution to this study, such as the Andalusians al-Zahrawi, 'Arib ibn Sa'id and al-Arbuli.

Peña and Girón do not limit themselves to the task of gathering information but rather subject it to a detailed analysis, raising various thought-provoking questions that lead to specific hypotheses. The book is, in summary, a combination of contributions from different writers, their analysis by the authors and their conclusions.

The work itself is divided into three parts, sub-divided in turn into chapters. They are preceded by a useful «Note to the Reader» in which the authors set out the reasons that inspired them to develop this study. They go on to cite their sources and their corresponding geographical areas, as well as their individual contribution to and influence on the object of study.

In Part One, they address the preventative tradition, dating back to antiquity, which has been crystallised in writings on health at different times and in different cultures,

paying special attention to the treatises cited in this work. Throughout these pages we encounter references to measures for preventing disease, with specific mention of patients' food and drink intake, habitat, sleep and wakefulness, physical exercise, retention and excretion, and emotions. They follow the factors in patients' daily life that influence their treatment by the doctor, e.g., their age, sex, constitution and habits, as well as the seasons of the year and climate. Completing this part is a description of texts emanating from classical Greek, Byzantine, Latin, eastern Islamic, and Andalusian sources and from scholastic medicine in general, as well as references to the works of Avenzoar, Averroes, Maimónides, Pedro Hispano, Arnau de Vilanova, Ibn al-Jatib, Juan de Aviñón and Alonso Chirino.

Part Two is dedicated to the preventive resources used in the preservation of health, which are divided into three groups. The first concerns the day-to-day surroundings of patients: their location, air, clothing and adornment; the towns, streets, gardens and houses; the orientation of their possessions and furnishings and the ambience created; the materials and colours used for clothes, and their jewellery. The second group is dedicated to the measures to be taken in the event of epidemics, and the third is concerned with sleep, wakefulness and the emotions.

Part Three, the most extensive section of the book, deals with the direct actions of the doctor to preserve the health of the patient through the relationship between the intake and excretion of patients. Two categories can be established. One category concentrates on prevention *via* the individual patient's food and drink and their positive or negative influence on the organism, as well as on the role of food in achieving specific results. Each type of food is defined by its nature, i.e., hot, cold, dry or humid, which is then matched to the nature of the patient. Some foods, prohibited by religion, were omitted from scientific texts. The other category concerns the actions needed to regulate the evacuation of residues in the body as a means of maintaining health. Among these actions is physical exercise, including rest, massage and bathing. This topic reveals the greatest differences in opinion between the Christian doctors on one hand and the Islamic and Jewish doctors on the other. There are also references to bloodletting, cupping, purgatives, vomiting, enemas and diuretics. This part ends with a chapter dedicated to sexual relationships as another form of evacuation.

The work is accompanied by an extensive critical bibliography, which the authors number by chapters. It is completed by the historical sources consulted and a glossary of place names, concepts, diseases, treatments, and proper names.

The quantity and range of the contributions to medieval medical knowledge contained in this book, some of which challenge existing preconceptions, result in a splendid work that is highly attractive to any type of reader, not only specialists in the subject. It is a well-rounded study, based on solid research into medical theory and practice, which illustrates the impact of these theories on people's daily lives in the cultural and religious mix of medieval Spain. Furthermore, by placing the dietetics of medieval Spain in the wider context of Islamic medicine, this book will be of lasting value. Consequently,

the book makes a major contribution to our understanding of the prevention of illness, a previously neglected area of research. The authors are to be sincerely congratulated, as are the bodies that made this publication possible, notably the Wellcome Trust, with support from the British Academy and Granada University Press. ■

Camilo Álvarez de Morales, Escuela de Estudios Árabes (CSIC, Granada)

Arnaldi de Villanova. *Opera Medica Omnia. XVII. Traslatio Libri albuze de medicinis simplicibus* [ediderunt J. Martínez Gásquez et M. R. McVaugh]. *Abū l-Ḥalt Umayya, Kitāb al-adwiya al-mufrada* [edidit A. Labarta]. *Llibre d'Albumesars de simples medecines* [edidit L. Cifuentes]. Praefatione et comentariis instruxerunt A. Labarta, J. Martínez Gásquez, M. R. McVaugh, D. Jacquart et L. Cifuentes, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2004. ISBN: 84-9779-240-8.

La obra está dedicada a la memoria del profesor García Ballester y pertenece a la muy cuidada colección *Arnaldi de Villanova. Opera medica omnia*, de la que fue uno de sus principales colaboradores. Se trata de una edición árabe-latín con una Introducción catalana e inglesa, con partes en francés, del *Kitāb al-adwiya al-mufrada* (*Libro de los medicamentos simples*) del polifacético autor andalusí —escribió sobre poesía, filosofía, astronomía, matemáticas, música, geografía y medicina— conocido como Abū l-Ḥalt Umayya (1068-1134). En forma de apéndice se incluye la versión medieval catalana del texto, realizada a partir de la traducción latina.

Inicialmente compuesta en árabe, fue traducida al latín por Arnau de Villanova a finales del siglo XIII y, posteriormente, vertida al catalán por una mano anónima, quizás en el siglo XIV y también al hebreo, por obra de Yehuda Natan. De algún modo, si no fuera por los párrafos en lengua inglesa y francesa que acompañan la obra, se diría que todo el escrito forma parte de un ambiente absolutamente bajomedieval, respondiendo plenamente a nuestra visión de la ciencia en ese tiempo.

Se trata, en suma, de tres versiones medievales yuxtapuestas, en ningún caso de dos traducciones actuales. Esto es una cierta novedad, pues lo usual es ofrecer la versión establecida, en árabe o latín, seguida de su traducción en alguna lengua occidental. Las introducciones a cada una de ellas son muy completas y muestran la gran dedicación al tema de sus autores. Casi todos los aspectos de interés como puedan ser los manuscritos, sus características, omisiones de términos, etc. se han analizado amplia y satisfactoriamente.

La versión árabe de Ana Labarta está en la línea que nos tiene acostumbrados en cuanto a rigor y adecuación al texto y el empleo de seis manuscritos garantiza

una completa y cuidada edición. La versión latina, que acompaña a la árabe, ha sido establecida por Martínez Gázquez y McVaugh, utilizando para ello cuatro manuscritos, y así mismo refleja un exquisito cuidado. La versión catalana, hecha sobre un único manuscrito, ya que no se dispone de más, es obra de Lluís Cifuentes.

Con respecto a otros puntos, diremos que el estudio sobre la vida y la obra del autor está al completo, dado que no poseemos excesivos datos. El *Kitāb al-adwiyā al-mufrada* fue su texto médico más conocido, del que disponemos en la actualidad de once manuscritos en árabe, lo que garantizó una gran difusión en su tiempo entre los autores islámicos. También se conoció ampliamente entre los médicos latinos gracias a la traducción que hizo Arnau de Vilanova, y de la que se conocen, al menos, catorce copias. Sin embargo, solo hay una versión en catalán, formando parte de un texto perteneciente al género médico medieval conocido como *Articella*.

El *Libro de los medicamentos simples* tiene un título muy usual, pues gran parte de los escritos del género así se denominan. A este respecto, quizás hubiese sido conveniente realizar un apartado incluyéndolo en la importante tradición de escritos sobre medicamentos simples existente en al-Andalus. A esta tradición pertenecen, entre otras, las obras de Ibn ʿUyūn, Ibn al-Haitām, Abulcasis, Ibn Wāfid, Ibn Biklārīš, Avempace, Aḥmad Ibn Muḥammad al-Gāfiqī, Barhebraeus, al-Nabātī e Ibn al-Bayṭār. Todos ellos, junto con Abū-l-Ḥalt, dedicaron toda o parte de su actividad científica al estudio y clasificación de los medicamentos simples que la Naturaleza les brindaba en al-Andalus, preferentemente.

La obra Abū-l-Ḥalt comprende un prólogo, de carácter teórico, que en este trabajo se omite, puesto que en la traducción de Arnau de Vilanova no consta, pero que Ana Labarta tradujo y publicó en *Dynamis* en 1998. En el mismo, entre otras cosas, se advierte al lector que los medicamentos, los simples, están ordenados de acuerdo con sus efectos terapéuticos. El cuerpo de la misma, con veinte capítulos muy desiguales —hay uno que contiene 17 medicamentos y otro 159— recoge aquellos que tienen una acción purgante sobre cada uno de los humores, o varios a la vez, o los que deben usarse para las enfermedades de los huesos, los nervios, los músculos, las venas, el cerebro y la cabeza, el corazón, etc. A su vez, en cada uno de estos grupos se distingue que medicamentos son calientes y cuales fríos y en cada uno de ellos se pormenoriza su acción concreta.

El escrito debió resultar en su tiempo bastante novedoso, pues no mantiene la forma generalizada de estos textos. Lo usual es que fueran ordenados por orden alfabético, y que en cada uno de ellos se describiesen sus cualidades. A partir de ahí, el médico iría seleccionando aquellos que le interesaban para confeccionar el compuesto con el que pretendía solucionar los problemas de su paciente. Pero, obviamente, debía leerlos todos. La disposición del texto en cuestión, el ir relacionando cada simple con las enfermedades para las que es útil, era más habitual en el género denominado *antidotaria*, o en los escritos sobre medicamentos compuestos, en los que, tras indicar la enfermedad, aparecen los distintos simples que lo componen, sus cantidades, el modo

de confección y la dosis a administrar. También encontramos escritos en los que los medicamentos aparecen sin orden, como sucede con la parte dedicada a los mismos en el *Kitāb al-Kulliyāt fī l-ṭibb* de Averroes, algo posterior, en el que se ofrecen sin otra clasificación que el dividirlos en vegetales y minerales.

Coincido plenamente en que se trata de un texto para conocedores de la medicina, a diferencia de los escritos sobre medicamentos compuestos en los que basta conocer la enfermedad y utilizar el medicamento recomendado, sin más. Con el *Kitāb al-adwiya al-mufrada*, el usuario, para poder sacarle provecho, debía conocer las cualidades de la enfermedad, así como las características del paciente, pues de otro modo no podría confeccionar el compuesto adecuado. Consignamos además otro logro, como fue el de facilitar grandemente la tarea, a base de la división ofrecida de simples de naturaleza caliente y simples fríos. Así se guiaba su empleo en las enfermedades, que debían combatirse con los medicamentos de naturaleza contraria.

La labor de confección de los glosarios ha sido necesariamente muy complicada, dada la gran entidad del trabajo. Por ello se han reducido a los medicamentos contenidos en el escrito, omitiendo las enfermedades para las que se emplean, y a pesar de esto son cuatro: árabe-latín, con caracteres árabes; latín-árabe, esta vez los términos árabes aparecen transcritos, latín-catalán y catalán latín.

Nada puedo objetar a un trabajo tan correcto, todo lo contrario, opino que debiera servir de norma para otras versiones de textos médicos medievales, tanto en árabe, como en latín o catalán. Aunque siempre es posible encontrar algún tema en el que no se profundiza. A modo de ejemplo, tenemos el hecho de que hay quince omisiones de medicamentos en la traducción latina, por casi ninguna en la catalana. La diferencia me parece excesiva para achacarlos solo a la labor del copista, como se indica. Es posible fuera así, pero también que el propio Arnau de Vilanova, no conociendo el término por estar incorrectamente escrito, o por ser de una variedad poco usual, decidiese no incluirlo en su traducción. En apoyo de lo que estoy diciendo, se señala en el libro que el traductor era algo neófito en dichas tareas, y que incluso es posible que se tratase solo de un borrador, que pensaría corregir.

Así vemos como el término *bāḍaranŷūya*, se omite en la traducción latina. Se trata de una palabra de origen persa que significa olor a limón, y se refiere a melisa o basilico, pero que aparece en la versión árabe como *bāḍaranyūya*. Lo mismo pasa con el término *ḥandaqūqā*, meliloto, que no consta, quizás por tratarse de otro término no árabe. Otras omisiones encontramos que algunas corresponden a variedades de medicamentos bien conocidos, como sucede con la pimienta o el almizcle, pero que quizás éstas no se hallaban en su entorno.

Por otra parte, recordemos que se trataba de simples, de los que el médico podía elegir para confeccionar el compuesto uno o varios y, por tanto, no tenía ninguna obligación científica de consignarlos todos. Otra cosa hubiese sido si estuviésemos hablando de medicamentos compuestos, en los que la omisión de un solo simple podría ser capital, al restar fuerza a todo el medicamento o no compensar las acciones

del resto de los simples. Por tanto, todo eso pudo hacer que la traducción catalana fuese más sencilla y de ahí las casi nulas omisiones, puesto que en la versión latina ya no existían determinados términos extraños. ■

Fernando Girón Irueste, Universidad de Granada

■ **Rafael Mandressi.** *Le regard de l'anatomiste. Dissections et invention du corps en Occident*, Paris, Seuil, 2003, 342 pp. ISBN: 2020540991.

Debemos celebrar la publicación de este texto, de interés para cualquier persona interesada en la historia de la cultura occidental, pero especialmente para quienes nos dedicamos a la historia de la medicina, por las razones que expondré a continuación.

En primer lugar, se trata de una exposición sistemática de la historia del estudio de la Anatomía y de su enseñanza en Europa desde los inicios de la práctica de disecciones en el siglo XIII hasta el declive de su prestigio a comienzos del siglo XIX, lo que sin duda resulta de utilidad en la docencia, especialmente porque dicha exposición es sumamente correcta y está basada en una amplísima bibliografía de calidad incontestable. Pero su mérito no acaba aquí. Seguramente habrán observado que, al referirme al marco cronológico del estudio, he partido, como su autor, de un hecho —el inicio de la práctica disectiva aplicada a cadáveres humanos— para desembocar en una afirmación más propia del mundo de los valores, pues en ningún momento se ha hablado del final de la disección anatómica, sino tan sólo de su pérdida de protagonismo en el marco del pensamiento científico en medicina. Esto se basa en lo que constituye la originalidad del libro: su planteamiento epistemológico —o si se prefiere, epistémico-socio-psicológico, por lo que enseguida diré—, revelado ya en su título, que elige como problema «la mirada del anatomista». Conviene advertir que su autor, uruguayo afincado en París, actualmente investigador en el CNRS, realizó la correspondiente investigación en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* bajo la dirección de Georges Vigarello y en estrecho contacto con algunos de los historiadores de la medicina franceses más relevantes.

La tesis de Mandressi es que existió en Europa una «civilización de la anatomía» durante el período objeto de su estudio, y que esta civilización impregnó la práctica totalidad de actividades culturales a lo largo de una época que, desde otros puntos de vista, parecería ser menos coherente, más variada, hasta el punto de que no se podría hablar con propiedad de «una época» del modo en que acabo de hacerlo yo mismo. En efecto, el período estudiado abarca varias unidades propias de la historiografía tradicional: parte de la Edad Media y una Edad Moderna en cuyo seno podrían distinguirse

subunidades denominadas «Renacimiento», «Barroco» e «Ilustración». Para Mandressi, empero, existe un nexo cultural que las vincula de forma estrechísima: el primado de la «mirada anatómica» sobre la realidad; sobre cualquier parcela de la realidad. Lo que no significa simplemente que la construcción de esta mirada desde la que se construye toda una cultura provenga solamente de los anatomistas, ni tan siquiera del mundo de la medicina.

Es indiscutible que con la disección del cadáver humano la medicina entra en una época nueva. Pero el caso es que, como Mandressi muestra de mano maestra, las primeras representaciones «modernas» de disecciones de esta índole toman préstamos evidentes de la pintura, sin que esto permita descartar la hipótesis de que a su vez esas primeras representaciones artísticas reposen sobre la contemplación del auroral trabajo de los anatomistas bajomedievales. El primer documento pictórico de este nuevo género aparecería en una pintura de Donatello en la iglesia de San Antonio en Padua, convirtiéndose luego en modelo de varios tratados anatómicos, del mismo modo que la inhabitual posición de la mirada del artista en el «Cristo muerto» de Mantegna, basado muy probablemente en la contemplación de la disección de un cadáver, servirá como modelo a Kalkar para el frontispicio de la *Fabrica* vesaliana. A lo largo de la obra abundan las referencias a estos préstamos mutuos en diferentes etapas del período estudiado.

Médicos y artistas, apoyándose mutuamente, inauguran esa «mirada anatómica» sobre la que va a construirse una «civilización de la anatomía»; pero para que ésta llegue a darse es preciso que otras disciplinas acepten incorporarse a esta nueva *episteme*, así como suministrar materiales para su construcción a partir de su propio campo de conocimientos. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con la geografía, cuyas relaciones bidireccionales con la mirada anatómica cambian a partir del descubrimiento de América, y con la astronomía/astrología, marcada tanto por este evento como por la radical transformación introducida por la revolución copernicano-galileana. En otros dominios de la cultura es más difícil hablar de intercambios, pero no de colonización de las retóricas profesionales por la nueva metáfora anatómica. Desde la celeberrima *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton hasta la menos conocida *Anatomía de la misa* de Mainardo, dicha metáfora se planteará como garantía de rigor metodológico y como criterio de certidumbre objetiva en cualquier ámbito de la humana reflexión, de lo que Mandressi suministra copiosas pruebas en su texto.

Pero el libro no se limita a desplegar esta perspectiva epistemológica, sino que se ocupa también, y con al menos idéntico nivel de calidad, de los aspectos más concretos de la práctica anatómica en los períodos estudiados. Así, lo que podríamos denominar, sin connotación peyorativa alguna, la anecdótica de la realización de las disecciones aparece vívidamente retratado en distintas partes del texto, como también la sugerente relación entre la exhibición del manejo técnico del cadáver en público y el nacimiento del teatro «de pago» —pues según parece fue observando que había que pagar por asistir a las disecciones públicas como a un protoempresario se le ocu-

rrió hacer pagar una entrada por presenciar las representaciones teatrales—. De este modo, lo social irrumpe con pujanza en el texto alcanzando también al debate ético, especialmente en la Ilustración, con los alegatos de Diderot en la *Enciclopedia* a favor de la disección universal de los cadáveres humanos, e incluso de la vivisección de los criminales, y al filosófico y antropológico entre Descartes y La Mettrie.

Se trata, en suma, de un texto que interesará extraordinariamente a especialistas en historia de la medicina, no sólo en tanto que excelente y pormenorizada actualización en el ámbito de la historia de la anatomía, sino también en tanto que fuente de estímulos intelectuales para la incursión en variados campos de investigación, y en medida no menor para el replanteamiento de estrategias docentes. Por las razones esbozadas —que no agotan el caudal de información valiosa contenido en el texto— se trata igualmente de una obra que apasionará a quienes se dedican a la historia general, la filosofía o a quines desde la ciencia o la medicina estén deseosos de comprender mejor su instalación en la disciplina que ejercen. ■

Luis Montiel, Universidad Complutense de Madrid

■ Thomas W. Laqueur. *Solitary sex, a cultural history of masturbation*, New York, Zone Books, 2004, 501 pp., ISBN: 978-1-890951-33-7.

Laqueur, inspirado por la agenda de Foucault, aborda en este libro la historia intelectual y cultural de una práctica humana universal. El fragmento de la reseña del New York Times con la que se publicita el texto en la misma cubierta menciona la «valentía» del autor al abordar esta cuestión. La verdad es que creo que sí, es un texto valiente. Por una parte, en el sentido que lo indica el periódico neoyorquino, por lo delicado de la temática, una práctica aún velada. Por otra, por el atrevimiento de abordarlo desde la historia, aunque, claro está, que esa valentía también se explica por la posición profesional (un destacado «producto Berkeley») e intelectual que ocupa (en el 2006 ha dado ya respuesta a un Simposio sobre su monografía anterior de 1990, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, que como es bien sabido ha sido traducido a multitud de idiomas (véase su web <http://history.berkeley.edu/faculty/Laqueur/>).

En este libro Laqueur traza el entreverado que ha ido proporcionando significado histórico a esta práctica sexual con un acercamiento embebido de la tradición de la historia intelectual americana (Dominick LaCapra, por ejemplo), la cultural y de la teoría crítica contemporánea. Con habilidad y un estilo narrativo fluido y atractivo, con cierta estructura detectivesca y facilitando con agilidad y amabilidad la comprensión para audiencias extramuros de la academia, va el autor desgranando una serie de plantea-

mientos que desde la introducción hace explícitos. La masturbación provoca su interés por facilitar el acceso a cuestiones relacionadas con la vida íntima y los procesos de cambio social. Es también, como otras personas han dicho, uno de los autores que están contribuyendo a desentrañar la historia de la subjetividad (*selfhood*) desde occidente, o mejor dicho, desde discursos escritos en Europa o América del Norte.

La introducción (capítulo 1), para mi gusto, es ejemplar. Muestra con transparencia las preguntas de las que parte, así como los argumentos principales del texto y lo que los lectores pueden encontrar en sus capítulos. Estas preguntas serían ¿Cómo el individuo autónomo que nace en la modernidad va a negociar sus límites entre sí mismo y los demás? O, dicho de otra manera, cómo se hace históricamente posible el desarrollo del individuo a la vez que su libertad como ser social. Otra pregunta es más específica y más directamente relacionada con los contenidos del libro ¿Por qué la masturbación se convirtió en un asunto tan peligroso en la Ilustración? Para responder a estas preguntas Laqueur no usa una estructura cronológica estricta ni en el conjunto del libro, ni en los capítulos. Más bien trata de desentrañar las redes históricas del discurso (o la arqueología del saber) que da sentido actual a la masturbación en nuestra sociedad occidental agarrándose, con soltura temporal, a los nudos principales de discurso.

El capítulo 2 muestra la manera en la que circuló (y se configuró) el término onanismo a partir de la obra anónima *Onania* aparecida hacia 1710. Pero, en cierta forma, en este capítulo no sólo muestra la expansión del término sino las ideas que arrastra pues *Onania*, frente al viejo enemigo de la concupiscencia, representaría a lo largo del XVIII una nueva forma de «corrupción». Con erudición, acicalada con su narrativa de estilo policíaco, muestra la presencia de *onania* en otras obras de autores como Tissot, Rousseau o el propio Kant. Tanto en estos autores como en los textos de medicina moral del XIX, la masturbación se planteaba en términos de calamidad, de vicio, de locura moral y fuente de todo tipo de enfermedades.

Pero la transformación de la masturbación en «vicio» se produciría en la Ilustración por varios motivos (tal y como desentraña en la introducción y expande en los capítulos 5 y 6). En pocas palabras, la masturbación representaba el secreto (en un mundo que premiaba la transparencia), el exceso, era un producto de la imaginación (y no de la realidad) y, además, de la más estricta intimidad individual (en un mundo donde nacía la configuración contemporánea de lo público). Se entiende, por tanto, que «Masturbation is the sexuality of the self par excellence, the first great psychic battlefield for these struggles» (p. 21). Para Laqueur hasta el inicio del siglo XX no empezarán a desaparecer los miedos físicos a la masturbación. En este cambio marca la figura crucial de Freud quien plantearía una ontogénesis nueva. La masturbación sería ahora el escenario de la psico-génesis humana, aunque entendida como una práctica sexual a abandonar si se trata de alcanzar la madurez humana. De forma particular afectaría el discurso freudiano a las mujeres, pues, por una parte, sería el primero, según Laqueur, en considerarnos posibles masturbadoras aunque, a la vez, una sexualidad femenina madura dependería del abandono del clítoris (sexualidad activa) por la vagina

(pasividad sexual). Otro nudo de la malla discursiva que transformó la masturbación lo sitúa Laqueur en Havelock Ellis, en su idea de autoerotismo y en su identificación de la masturbación tanto como acontecimiento natural común a otras especies animales, como acontecimiento cultural, producto de la imaginación. El resto del capítulo recorre a vuela pluma las aportaciones de la sexología de la segunda mitad del siglo XX (Kinsey, Master y Johnson) y el impacto del movimiento feminista (norteamericano) en hacer de la masturbación una manera de alcanzar el auto-conocimiento y el bienestar. Sobre estos temas vuelve al final del libro.

En el capítulo 3 retrocede en el tiempo para desentrañar mejor el cambio que supone la Ilustración, en comparación con el período premoderno y, en concreto, con la teoría galénica que Tissot usó de manera interesada. En el marco galénico, las preocupaciones sobre la sexualidad se enmarcarían en el modelo de la descarga frente al exceso y la preocupación por la procreación más que por la masturbación. En el occidente medieval y renacentista habrían interesado más aquellas cuestiones que afectaban a las relaciones sociales entre generaciones (incesto, fornicación, sodomía o aborto).

En el capítulo 4 desarrolla el argumento principal del libro tratando de dar respuesta a la pregunta ¿cómo se explicaba el peligro de la masturbación desde la explicación médica del momento? Laqueur desciende a las entrañas de la explicación médica de la masturbación en la patología ilustrada. Desde Van Helmont a Haller y Tissot, la explicación se centraría en la nueva fisiología de la irritabilidad (se basa en el trabajo seminal de Anne C. Vila *Enlightenment and Pathology: Sensibility in the Literature and Medicine of Eighteenth-century France*, 1998, disponible en la red en Google-books). El problema de la masturbación, para los médicos, residiría en la pérdida del líquido seminal, pero ahora explicada algo más allá del modelo mecanicista hidráulico. Según las nuevas teorías de la sensibilidad, propiedad de los nervios, y la irritabilidad, de los músculos, el alma emergería en la cima de estas propiedades fisiológicas. De esta manera se vinculaba a la moral el efecto de la masturbación, un orgasmo doblemente perjudicial para la patología de la época. De una parte, porque provocaba una excitación «desaprovechada» al no existir intercambio de flujos, sin beneficios en esa economía mecanicista del comercio y el intercambio. De otra, porque el hecho de que la excitación estuviera producida por algo no real, era más peligroso que si el cuerpo respondía a la realidad. El otro punto importante en estas explicaciones, como señala Laqueur, es que eran «novel ways of speaking about something more fundamental: the relationship between the mind, the soul, the feeling human being, on the one hand, and *nature*, on the other» (p. 209). Pero ¿qué convertía a la masturbación en un deseo no natural? Los elementos que Laqueur ya presentaba en la introducción: es motivada por la estimulación fantasmática de la imaginación, es privada y, a diferencia de otros apetitos, podía ser insaciable. Es decir, que en una sociedad preocupada por instalar la individualidad al servicio de la sociedad, la masturbación cuestionaba la imposibilidad de existencia para un sujeto autárquico y masturbación representaría un reino o espacio al que la tarea civilizatoria no podría acceder (p. 232). Como La-

queur señala el sexo solitario era a la sociedad civil del XVIII lo que la concupiscencia al orden cristiano medieval.

El capítulo también recoge el tejido histórico que enlazó consumo, lectura, auto-descubrimiento y eros. Ambas prácticas —la lectura y el sexo solitarios— compartirían tanto la seducción de una fantasía basada en una «nobody's story» como el ensimismamiento humano requerido y ambas permitieron no sólo civilizar la imaginación sino, también, «being present to ourselves, a way of selfgrasping, and a way of escaping, of over-stepping and of creating boundaries» (p. 328). Es decir ambas serían tanto una manera de producir la subjetividad como de situarnos moralmente en el mundo.

Por último, en el capítulo 5, el autor se adentra en el siglo XX. Aunque hacia 1900 la idea de la masturbación como causante de daño físico estaba en recesión, ahora la masturbación se entendía como causante de enfermedad mental. Este discurso procedente tanto de círculos médicos como morales, se centró, sobre todo, en las mujeres. Lo que indicaban era que fuera porque la masturbación femenina representaba la insatisfacción ante el acto heterosexual, o fuera porque se trataba de una fórmula anticonceptiva que no requería del coito, la masturbación en las mujeres representaba el cuestionamiento mismo del orden patriarcal normativo. En ese capítulo vuelve sobre la nueva valoración de la masturbación desde la teoría psicoanalítica. Si hasta entonces la masturbación habría ido convirtiéndose en la frontera del sujeto (el límite externo del deseo, la introspección, la imaginación, el secreto y la sociabilidad), para Freud la masturbación será el punto crucial en su historia de cómo la sublimación se convierte en el elemento básico de la civilización (p. 396). La nueva lectura sobre la masturbación marcaría, precisamente, el paso de la teoría de la seducción a la teoría de la libido, una transformación teórica que debería mucho a la lectura que hace Freud de Havelock Ellis.

Laqueur finaliza el libro con un nuevo cambio en el significado cultural de la masturbación, su conversión en una práctica de liberación gracias a los movimientos feministas de los 60 y los 70 que no sólo habrían aportado una crítica a Freud y su rechazo del orgasmo clitoroideo y el fomento del sentimiento de culpa, sino que, también, habría supuesto una afirmación del autoerotismo.

Destacaré algunas características de la metodología histórica de Laqueur. El texto es atento con los lectores al proponer formas de lectura más rápida en ciertos fragmentos o adelantar los argumentos para permitir un sistema de lectura propio. También está agilizada la erudición con un estilo narrativo casi de intriga o enterrando la teoría en las notas. Una mención merece el uso que hace de la bibliografía que a veces es la fuente casi textual de sus argumentos. Por ejemplo, en el capítulo 3 hay 136 notas, la mayoría bibliografía secundaria muy hábilmente utilizada y con fechas muy variadas de edición (se nota que ha trabajado en una excelente biblioteca). Desde luego, impresiona la amplísima variación de fuentes que usa (pictóricas, literarias, revistas populares o textos de divulgación científica) lo que dota a la obra de envergadura tanto física (420 páginas de apelmazado texto y unas 80 de notas) como intelectual. Merece mencionar el uso

de fuentes más allá de los textos canónicos médicos del XVIII, como la cerámica griega junto a los textos clásicos, el uso de textos judíos o los *performances* del siglo XX donde artistas como Lynda Benglis (1974) han subvertido el orden patriarcal apropiándose con ironía cuasipornográfica del órgano ya no tan viril.

Para finalizar, una crítica al texto: su exceso. Hay abundantes excursos, con frecuencia disgresiones que tratan de incluir la perspectiva de género (como cuando explora las relaciones entre cleptomanía y masturbación en las mujeres) o una perspectiva menos eurocéntrica. A veces esta abundancia puede agotar, apabullar o distraer, a quien lee. La otra cara de este exceso es que abre un número suficiente de interrogantes para proponer una nutrida agenda de investigación. Espero que alguna editorial se anime a traducirla a nuestra lengua para que contribuya, también entre nosotros, al deleite que el sexo solitario ha producido históricamente a la humanidad. ■

Rosa M.ª Medina Doménech, Universidad de Granada

Jacob Bernoulli. *The Art of Conjecturing, together with Letter to a Friend on sets in court tennis* [Traslated with and introduction and notes by: Edith Dudley Sylla], Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2005. ISBN: 0801882354.

La Historia de la probabilidad no es una disciplina de creación reciente (en 1865, apenas dos siglos después de su «nacimiento», Isaac Todhunter publicaba el primer tratado sobre su evolución), pero su explosión conceptual tiene apenas treinta años. En 1975, Ian Hacking publicaba *La emergencia de la probabilidad*, al que seguirían, por un lado, los trabajos de Stephen Stigler (1986) y Anders Hald (1986, 1998) y, por otro, los de Ted Porter (1986, 1995). Sus autores son todos especialistas de primer nivel y ante sus discrepancias no cabe acusación de *ignorantia elenchi*: sus desacuerdos se originan principalmente en sus respectivos enfoques. A Hacking le preocupa la genealogía de las distintas concepciones filosóficas de la probabilidad, mientras que Stigler y Hald se ocupan ante todo de la construcción de su aparato matemático; la de Porter es, ante todo, una historia social ¿Cómo escoger entonces entre estos enfoques? Buena parte de la respuesta se encuentra en la edición de los clásicos sobre los que se sustenta el análisis. Pues aunque todos los autores citados manejan ediciones originales y a menudo también material de archivo, queda aún mucho trabajo filológico por realizar y cabe esperar que nos proporcione evidencias más ajustadas para juzgar las distintas interpretaciones hoy disponibles sobre los clásicos.

Un magnífico ejemplo de este trabajo nos lo proporciona aquí la edición que nos propone Edith Sylla de la obra fundacional de Jacob Bernoulli, su *Ars conjectandi*

(1713), la primera versión completa a una lengua moderna —el original latino podía manejarse desde 1975 en sus *Obras Completas*. Sylla es muy explícita respecto a su propósito crítico: su trabajo supone enmiendas puntuales o generales de la interpretación de Bernoulli servidas por Hacking y sus continuadores. (e.g., p. x, nn. 7-8; p. xvii, n. 27). Es más, nos exige revisar la propia recepción de la obra a lo largo de los tres últimos siglos. Al conocerse sólo parcialmente (principalmente, la parte IV, donde se encuentra la demostración de su ley de los grandes números) muchos confundieron las tesis de Bernoulli con las de sus expositores (principalmente, De Moivre), oscureciendo, en particular, su concepción de la probabilidad.

Sylla no efectúa enmiendas al texto latino, establecido ya en las *Obras Completas*, sino que se concentra en cómo trasladarlo a un inglés que recoja su sentido. Para ello, combina su propio análisis conceptual con el vocabulario de numerosos textos de la época. Sylla no contrasta su versión con las traducciones francesas, alemanas o italianas (todas parciales) que recoge en su bibliografía —en la que omite, por cierto, la castellana de Andrés Rivadulla: *Llull*, 30 (1993)—, pero, dejando aparte el interés polémico de la comparación, sus opciones quedan sobradamente justificadas. Quizá el principal empeño de Sylla sea mostrar que el léxico de Bernoulli debe interpretarse desde una concepción normativa de la probabilidad, articulada sobre el valor esperado de una apuesta como medida de su equidad (y no del grado de aleatoriedad del proceso). Esta lectura es bien conocida desde los trabajos de Daston (1988) y Franklin (2001), pero casa mal con la imagen de Bernoulli como simple precursor de las leyes de los grandes números. Pero, si no empleó un concepto de probabilidad asimilable al nuestro, ¿qué probaba entonces el teorema fundamental de Bernoulli?

Para averiguarlo, el lector puede acudir al amplísimo estudio preliminar y comentario (de unas 150 pp., sobre las 430 de la obra) con el que se acompaña su traducción. Entre las perspectivas anteriores, Sylla opta por minimizar el comentario matemático, contentándose con elucidar los distintos pasos del análisis bernoulliano, y evita digresiones filosóficas sobre el sentido de la probabilidad para concentrarse en la genealogía intelectual de la obra desde su contexto social. Sylla reconstruye así la gestación del *Ars Conjectandi*, usando con destreza un amplio repertorio de fuentes ya editadas y algún material de archivo. Un mérito no menor aquí es el de apoyarse en una buena colección de citas de textos latinos que acompaña de su traducción inglesa. Quedan así dilucidadas cuestiones tan diversas como las circunstancias de la impresión original del texto, debida a su hijo antes que a su sobrino Nicolás (autor del prefacio), o la superposición en él de resultados acumulados por Bernoulli durante más de dos décadas.

A diferencia de muchos de sus coetáneos, preocupados casi exclusivamente por los juegos de azar, Bernoulli, con Leibniz, supo apreciar el uso social que podía darse al cálculo de probabilidades para aplicarlo a cuestiones cívicas, morales y económicas (según reza en el título de la IV Parte). Bernoulli no llegó a realizar su empeño, pero queda por explicar su origen (que, apunta Sylla, podría estar en su pertenencia a una familia de comerciantes) y, sobre todo, su influencia en la posteridad, que aquí que-

da inexplorada. Una de las posibilidades que abre esta edición es, justamente, la de reconsiderar la contribución de Bernoulli a los orígenes de la matemática social que florecería en el XVIII. A mi juicio, la principal contribución exegética de Sylla es la de mostrarnos todo lo que le separa de esta tradición ilustrada: el autor del *Ars conjectandi* sería antes un teólogo que un científico social.

Es sabido que Bernoulli cursó estudios de teología en Basilea con la Reforma ya consolidada, como suele recordarse cada vez que es necesario explicar algunas alusiones teológicas, principalmente el párrafo al comienzo de la parte IV (Bernoulli, 1713, 210-11) sobre la omnisciencia y omnipotencia divina. Como la propia Sylla explicó ya en dos magníficos artículos anteriores a su edición, la predeterminación de cualquier acontecimiento pasado, presente o futuro sirve como garante de que su número es fijo y puede ser por tanto aproximado empíricamente a través de la ley de los grandes números, tal como Bernoulli originalmente la concibió. La expansión binomial con la que construyó su demostración representaría los distintos modos en que se puede dar un acontecimiento en el mundo, como si todos ellos estuviesen ya dados intemporalmente. Nosotros seríamos incapaces de percibirlos así, pero Dios podría. No obstante, el teorema nos serviría para justificar que somos capaces de obtener buenas aproximaciones a esas razones intemporales entre acontecimientos sobre la base de frecuencias empíricas.

La aparente paradoja de esta posición es que, por un lado, el cálculo de probabilidades se nos presenta como instrumento para mejorar nuestras decisiones pero, por otro, se afirma que estas ya están previstas en el plan divino de la creación. ¿Cuál es entonces el valor moral de esta matemática moral? En su introducción, Sylla nos presenta la reconstrucción más completa hoy disponible de las convicciones teológicas de Bernoulli, en particular en lo que respecta a la cuestión de nuestra libertad. Apoyándose en transcripciones de los archivos, información sobre el credo de la época, referencias indirectas en la correspondencia y otros escritos, Sylla nos presenta a Bernoulli como un partidario de la libre elección. La principal dificultad que, a mi juicio, plantea esta reconstrucción es que Bernoulli estaba lo suficientemente familiarizado con las disputas teológicas de su época como para saber que semejante libertad era difícil de encajar doctrinalmente con la afirmación de la omnisciencia y la omnipotencia divina, y mucho menos en un medio calvinista. La propia Sylla nos informa de que existe aún material de archivo relevante para dilucidarlo, de modo que sólo podemos agradecerle este primer paso exegético que sirve, además, como preámbulo a una magnífica edición. ■

David Teira Serrano, UNED

Ana Simões, Maria Paula Diogo, Ana Carneiro, *Cidadão do Mundo. Uma Biografia Científica do Abade Correia da Serra*. Porto, Porto Editora, 2006, vi + 185 pp. ISBN: 972-0-45087-8.

La editorial Porto Editora ha publicado en los últimos cuatro años dos series de libros de historia de la ciencia. La serie titulada «Ciencia e Iluminismo» cuenta con cinco volúmenes, todos ellos dedicados a la edición crítica de fuentes de historia de la ciencia portuguesa. La otra serie, con el título de «Historia e Filosofia da Ciencia», consta fundamentalmente de traducciones de obras importantes de historia de la ciencia escritas originalmente en inglés, tales como *An Introduction to the Historiography of Science* del danés Helge Kragh, *The Construction of Modern Science* de Richard S. Westfall, *The Evolution of Technology* de George Basalla, *Science and Religion* de John H. Brooke y *Galileo, Courtier* de Mario Biagioli, estos dos últimos todavía no traducidos al castellano. Aunque el libro reseñado forma parte de esta última serie, constituye una excepción entre este conjunto de obras porque ha sido realizado por tres historiadoras portuguesas y está dedicado a un autor portugués del siglo XVIII: el abate Correia da Serra. Las tres historiadoras, que pertenecen desde su fundación al grupo *Science and Technology in the European Periphery*, han realizado numerosos trabajos sobre este personaje y otros *estrangeirados*, desde nuevas perspectivas historiográficas que están permitiendo una importante renovación en los estudios sobre la ciencia en Portugal. El libro ha estado precedido por otras publicaciones sobre varios aspectos de la vida del personaje (sus trabajos botánicos, sus viajes como naturalista, etc.) y la edición de nuevos documentos recogidos en dos libros: *Investigações Botánicas* (Porto, 2003) e *Itinerários Histórico-Naturais* (Porto, 2003)¹. Gran parte de las novedades que presenta el libro proceden de los manuscritos comprados en 1997 por la Fundação Luso-Americana para o Desenvolvimento (FLAD) que fueron cedidos al Arquivo Nacional da Torre do Tombo para ser convenientemente catalogados y puestos a disposición de los historiadores. A lo largo de un proyecto de más de diez años, las autoras han realizado un detallado análisis de esta abundante documentación a la que han sumado la información recopilada en varias bibliotecas y archivos de Inglaterra y Francia, espe-

1. Entre los trabajos que han realizado conjuntamente señalaremos los estudios sobre los *estrangeirados* publicados en las revistas *Archimedes* (vol. 2, 1999) y *Social Studies of Science* (vol. 30, 2000) así como el libro editado por las autoras *Travels of Learning* (Kluwer, 2003), que contiene estudios de varios países europeos. Las ediciones críticas de obras de Correia da Serra han sido publicadas dentro de la colección de Porto Editora (www.portoeditora.pt) antes mencionada. Una compilación de las publicaciones sobre historia de la ciencia en Portugal ha sido recientemente publicada por Conceição Tavares y Henrique Leitão. *Bibliografia de História da Ciência em Portugal, 2000-2004* (Lisboa, 2006). Sobre el grupo STEP, véase <http://www.cc.uoa.gr/step/>.

cialmente en la Bibliothèque Centrale du Muséum d'Histoire Naturelle de París. También han aprovechado la rica producción de estudios sobre Correira da Serra que revisan críticamente en el primer capítulo del libro. Como en muchos otros casos, los primeros estudios sobre Correira da Serra fueron realizados por científicos portugueses en el marco de conmemoraciones de su vida o aniversarios de las instituciones (Academia das Ciências) a las que perteneció. Se trata de estudios de muy diverso valor, desde aproximaciones críticas, que reflejan la postura del autor frente a los *estrangeirados*, hasta análisis históricos basados en la dispersa correspondencia del biografiado. Los viajes de Correira da Serra y la diversidad de tareas que desarrolló, que sobrepasan los límites de la ciencia, explican la variedad de estudios realizados en el siglo XX, tanto por historiadores portugueses como norteamericanos. El segundo capítulo describe los primeros años de la vida de Correira da Serra, que transcurrieron sobre todo en Italia, desde donde mantuvo correspondencia con Carl Linné entre 1772 y 1774. También realizó en esos años un diario de viajes en la región situada entre Roma y Pisa, donde tomó abundantes notas de interés geológico. En marzo de 1777, Correira da Serra volvió a Portugal, coincidiendo con la muerte de José I y el consiguiente fin de la política desarrollada por el Marqués de Pombal. Una de sus principales actividades en esos años fue la fundación de la Academia Real das Ciências de Lisboa que inició su andadura en 1780 con una agenda de trabajo inspirada en la idea de ciencia útil propia de la ilustración. Esta idea también inspira las primeras memorias realizadas por Correira da Serra para ser discutidas en la nueva institución, de la que fue nombrado secretario. Debido a ello, fue autor de numerosos «elogios» de científicos, entre ellos uno dedicado a Benjamin Franklin. También estableció contactos epistolares con miembros de otras instituciones científicas europeas y promocionó los viajes a centros de formación extranjeros, tales como la escuela de minas de Freiberg, donde los estudiantes portugueses debieron encontrarse con los numerosos españoles que también asistieron a estas aulas. A lo largo de esta década, Correira da Serra inició sus investigaciones sobre la geología de Portugal, a las que las autoras del libro prestan especial atención. Muchos de los trabajos de Correira da Serra quedaron manuscritos debido, probablemente, a su precipitada huida hacia Inglaterra en 1795, iniciando así un período de exilio motivado por el clima de sospecha frente a la ciencia que se generalizó en Portugal, al igual que en el resto de la Península Ibérica, tras la Revolución Francesa. Como otros científicos españoles, que también fueron obligados al exilio, Correira da Serra aprovechó su estancia en Inglaterra y Francia para afianzar su carrera de investigación mediante el aprovechamiento de las redes académicas y las instituciones de Londres y de París. De este modo, continuó con sus investigaciones geológicas y botánicas y desarrolló un gran interés por las denominadas clasificaciones naturales, lo que le condujo a introducir su concepto de «simetría» que sería empleado más adelante por de Candolle. En París, Correira da Serra escribió unas interesantes reflexiones sobre el desarrollo de la historia de la ciencia en Portugal, que podrían ser comparadas con textos semejantes escritos por Antonio José Cavanilles y otros

precursores de la llamada «polémica de la ciencia española». Al igual que ocurrió con muchos científicos españoles, la invasión napoleónica de la Península Ibérica creó una situación incómoda para Correira da Serra que acabó con su partida definitiva a Estados Unidos, donde continuó sus investigaciones en historia natural al mismo tiempo que realizó una complicada labor diplomática. Sólo regresó a su país durante el breve período de la revolución liberal, en la que participaría como diputado en Cortes, poco antes de morir en 1823. En este sentido, Correira da Serra es un excelente ejemplo de *estrangeirado*, al ser un autor portugués que residió poco tiempo en su país natal. A pesar de ello, su biografía permite también poner en cuestión la imagen del Portugal de esos años como una «periferia consumidora, pasiva y neutra». Las autoras muestran que los intereses científicos y las investigaciones de Correira da Serra revelan una apropiación selectiva, crítica y creativa de una amplia variedad de conocimientos científicos así como la articulación de un discurso propio que responde, en parte, a las expectativas e intereses de los públicos destinatarios de su país. En este sentido, el libro constituye un modelo muy interesante que debería ser tenido en cuenta por todos los interesados en recuperar las biografías de los científicos de la periferia, particularmente si se trata de autores de la Península Ibérica. La obra reseñada pone en evidencia la gran cantidad de cuestiones que merecerían ser objeto de análisis comparado entre España y Portugal: viajes de estudios, exilio, censura, reacción frente a la Revolución Francesa, polémica sobre la ciencia en la periferia, las relaciones científicas con Inglaterra y Francia, las actitudes ideológicas y la represión política, etc. Todas estas coincidencias invitan a explorar las posibilidades que ofrece la historia comparada y a conocer mejor las investigaciones realizadas por la comunidad portuguesa de historiadores de la ciencia en los últimos años. ■

José Ramón Bertomeu Sánchez, Universitat de València

Alfons Zarzoso i Orellana. *Medicina i Il·lustració a Catalunya. La formació de l'Acadèmia Mèdico-Pràctica de Barcelona*, Barcelona, Fundació Noguera-Pagès Editors, 2004. ISBN: 84-9779-192-4.

Alfons Zarzoso i Orellana. *L'exercici de la medicina a la Catalunya de la Il·lustració*, Barcelona, Arxiu Històric de les Ciències de la Salut, 2006. ISBN: 84-611-2808-7.

Los dos textos forman parte de la memoria de doctorado que brillantemente defendió su autor en la Universidad Pompeu Fabra en 2002. Se trata de un análisis exhaustivo y ejemplar del ejercicio de la medicina en Cataluña durante el siglo XVIII, es decir el

papel sociopolítico, cultural y profesional jugado por los sanadores en la sociedad catalana de la Ilustración.

En cuanto al bagaje interpretativo, las teorías de Wear, Gentilcore, Porter y Brockliss y Jones para los distintos ámbitos del estudio de la historia de la medicina europea han servido a Zarzoso para establecer ese imprescindible diálogo con sus fuentes, imbricando su discurso con el de los historiadores sociales conocedores de la realidad histórica catalana, especialmente Ernest Lluch y Joseph Fontana.

En el primero de los libros Zarzoso analiza principalmente el rol de la Academia Médico-Práctica en el proceso de renovación de la medicina y cirugía catalanas tras los intentos de implantación de nuevas instituciones como el Real Colegio de Cirugía, la Escuela de Botánica, Química y Farmacia o la misma Universidad de Cervera. Estudia los médicos que la compusieron e hicieron posible, sus lazos profesionales e intereses, así como el fermento de un grupo que, conscientemente, pretendió mejorar el estudio y el ejercicio de la medicina en el principado. Autores como Bonells, Sanponts, Salvá son sistemáticamente rastreados en sus relaciones, materiales e intelectuales («equipamientos mentales y culturales» como los denomina Pardo en su presentación), a través del difícil trabajo de archivo en los documentos notariales que le han permitido al autor la reconstrucción de «la biblioteca médica ilustrada» que da imagen del nivel profesional de los médicos catalanes.

El primer capítulo parte del examen de la tradición médica catalana, iniciada ya en el siglo XVI, e interesada en la transformación del arte de la medicina, tanto en su vertiente docente como práctica y ligada durante siglos al gobierno de la ciudad de Barcelona y a las preocupaciones de sus dirigentes por la salud de la población. El impacto del fin de la guerra de sucesión, las nuevas reglas impuestas por la administración borbónica supusieron, ya a mediados de la centuria del setecientos, la pérdida de poder y presencia pública de los representantes de esa tradición, ejemplarizada en la desaparición de la enseñanza superior de la medicina en Barcelona y su traslado a Cervera. En contrapartida, y a ello dedica Zarzoso los dos capítulos siguientes, los burócratas ilustrados consiguieron consolidar instituciones nuevas que nacieron imbuidas de aires de renovación, tanto en los contenidos como en las prácticas docentes, la Academia de Ciencias naturales y Artes y el Real Colegio de Cirugía de Barcelona, bajo la tutela militar y en el caso del colegio de cirugía adaptando la exitosa experiencia puesta en marcha en Cádiz por Pedro Virgili. La forma en que la sociedad catalana y más concretamente, médicos y cirujanos catalanes, fueron capaces de asimilar las novedades científicas y moldearlas a su especificidad va a confluir en la puesta en marcha de la Academia Médico-Práctica en 1770, no sin grandes dificultades como muestra el autor en el capítulo cuarto, y va a acelerar el proceso de profesionalización de la medicina en Cataluña que se completará, ya a mediados de la siguiente centuria, en un contexto político liberal. Para completar el estudio, Zarzoso se zambulle en el análisis personal y prosopográfico de sus protagonistas tras un arduo trabajo de vaciado de fuentes de archivo en los temibles (al menos para los historiadores de la ciencia) fondos de

«protocolos notariales». Fuentes escasamente utilizadas en nuestro ámbito pero que, como demuestra el autor, ayudan a configurar un perfil sociológico y profesional de las vidas de los médicos y cirujanos catalanes del periodo, especialmente de aquellos que mayoritariamente se opusieron a la introducción de la nueva institución.

Mención aparte requiere el último capítulo dedicado a la reconstrucción de las fuentes que los médicos del periodo manejaron para su formación y continua práctica, es decir las lecturas, los libros, los textos, en una palabra la biblioteca del médico ilustrado. Novedad en el ámbito español, al menos en su enfoque, y que ayuda extraordinariamente a conocer cuales fueron las tendencias, las obras que marcaron la formación de esta generación de médicos, a caballo entre el antiguo régimen con tintes ilustrados y el incipiente desarrollo de las políticas liberales, y que serán los que preparen la introducción de la medicina de laboratorio en Cataluña. La creación de un repertorio bibliográfico, con la identificación exhaustiva de las obras médicas, y el análisis del mismo, demuestra la utilización de los textos como objeto de consumo profesional y no tanto como artículos de lujo, entendiendo así la biblioteca personal como un elemento indispensable para la práctica profesional. De ello da fe la contemporaneidad y calidad de los fondos (el 54 por ciento de los recogidos fueron editados en la centuria ilustrada y entre ellos se encuentran los principales textos de los reformadores médicos europeos). Asimismo muestra, en buena medida, la historia del conocimiento médico a lo largo del periodo moderno. El galenismo avicenista, el galenismo humanista (ligado a la tradición valenciana), la cirugía, la historia natural, el mal francés, las farmacopeas, los textos claves de la renovación de la medicina moderna —junto con sus polemistas—, así como la química moderna, la materia médica, la educación y la popularización de la medicina son los principales apartados analizados en la producción libresco por el autor de la monografía.

El segundo libro incluye dos apartados principales. Por un lado el contexto histórico e historiográfico en el que el autor se sitúa, a partir de las consideraciones conceptuales recientes en la historiografía inglesa, francesa e italiana en torno a la cuestión del pluralismo médico (asistencial). Y, por otro lado, el estudio de los mecanismos que desarrolla un amplio sector de la población frente al episodio de la enfermedad, así como el mundo de las mutualidades o asociaciones de auxilios mutuos de Barcelona, ya en las postrimerías del siglo XVIII.

Verdades poco fundadas, teorías (insuficientes e hipotéticas, aunque resulte redundante) trasmitidas durante generaciones que parecen verdaderas a base de ser repetidas hasta que el historiador (generalmente en el inicio de su carrera) decide revisar su origen a base de trabajo de archivo, de datos y de deshacer la interpretada verdad. Esto hace Zarzoso sobre la base de tres pilares: nuevas fuentes y nuevas formas de leerlas, sólido conocimiento de la historiografía internacional y local, y sagacidad interpretativa en su análisis de la medicina y de la práctica médica en la Cataluña el siglo XVIII. La llegada de los borbones al trono español con su nueva política centralizadora significó una ruptura en la evolución de tradición profesional e intelectual de los médicos catalanes.

Fue especialmente en la segunda mitad de siglo cuando los médicos catalanes fueron conscientes de las pérdidas de identidad ocasionadas y reaccionaron: petición del restablecimiento del colegio de doctores en medicina de Barcelona, institucionalización de la enseñanza de la medicina y de la universidad, transformación del Protomedicato catalán, creación del Real Colegio de Cirugía, y fundación de la Academia Médico Práctica de Barcelona. Toda una batería de propuestas para intentar encajar la tradición médica catalana a la nueva planta española establecida por la corona.

En cuanto al periodo llamado Ilustración los acercamientos tradicionales desde la historia de la ciencia nos han transmitido la imagen de un periodo de escaso valor científico en España, con instituciones anquilosadas y escasas transformaciones en las teorías clínicas y terapéuticas, excepto las producidas en instituciones de nuevo cuño la mayor parte de ellas amparadas bajo la protección de los estamentos militares. Ha sido en las décadas recientes y con una revitalización de los estudios en historia de la ciencia que han tenido como objeto una «Ilustración alargada» —iniciada a finales del siglo XVII y coleando al menos hasta mediados de la centuria del siglo XIX— cuando se han conseguido frutos al entroncar las transformaciones ilustradas realizadas en el campo de la medicina y sanidad y en el de las ciencias físico-naturales, con el devenir de la llamada «medicina científica», así como con la construcción de las ciencias sociales o, por decirlo con la terminología de la época, el desarrollo de las «ciencias del hombre». ¿Cómo se vivió este proceso en la Cataluña ilustrada? ¿Quiénes fueron sus protagonistas? ¿Qué instituciones acogieron las nuevas ideas y con qué apoyos contaron? ¿Se repitieron las polémicas del siglo anterior novatores-traditionalistas? Estas son las cuestiones que pretende responder Zarzoso en su monografía. Para ello resulta imprescindible el estudio de la creación de la Academia Médico-Práctica, en 1770 e impulsada por los médicos de la ciudad, y su correlato docente en la escuela de medicina clínica fundada en 1801 y a ello dedica el autor la mayor parte de su texto. El objetivo último será «comprender la recepción y el impacto, los intentos de difusión de la ciencia y de la medicina modernas a partir del estudio de caso catalán, sin desvincularlo del proceso más general sufrido en el conjunto del estado español». El desarrollo del proceso de medicalización de la sociedad catalana, el aumento del poder adquisitivo y la aplicación de determinadas estrategias para el control del mercado sanitario, especialmente en el mundo urbano, se tradujo en una creciente competitividad entre los distintos actores del mundo sanitario. Los resultados del trabajo de Zarzoso ponen en cuestión la imagen, tan extendida en la historiografía de la historia de la medicina, de un acceso restringido al mercado médico por parte de un importante sector de la población rural.

Nos encontramos pues con dos monografías, resultado evidente de un exhaustivo trabajo de investigación e innovadoras en cuanto a enfoque y metodología, que ilustran el contexto y desarrollo de la medicina y de la cirugía en Cataluña durante el periodo transcurrido entre los últimos decenios del siglo XVII y la primera mitad del siglo XIX, la «larga ilustración». Fuente básica para el conocimiento del ejercicio de la medicina

(pluralismo médico, pluralismo asistencial, mercado médico, mundo médico, como decidamos etiquetarlo) y la forma en que algunos pacientes vivieron ese ejercicio. Probablemente la escasa distribución de las editoriales que han publicado los textos y las reticencias de algunos lectores hacia el idioma en que se han publicado sean una rémora para su difusión. Sirvan estas palabras para animar a todas y todos los historiadores de la medicina y de la ciencia para sumergirse en el «mundo médico» de la Ilustración visitado por Alfons Zarzoso. ■

Mikel Astrain, Universidad de Granada

Diana E. Manuel (ed.) *Walking the Parish hospitals: diary of an Edinburgh medical student, 1834-1835* [Medical History, Supplement nº 23], London, The Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL, 2004, xii, 211 pp. ISBN: 0-85484-074-5.

Como suplemento número 23 de la revista *Medical History* se ha publicado una edición cuidadosamente anotada del diario de un estudiante de Medicina de la Universidad de Edimburgo, que recoge su estancia en París durante el curso académico 1834-1835. Concretamente, el diario cubre el período comprendido entre el 1 de noviembre de 1834 y el 20 de junio de 1835.

La edición que estamos comentando, efectuada a partir del original adquirido por la *Wellcome Library*, ha conservado la mayor parte de los rasgos del manuscrito y cuenta con un interesante estudio introductorio realizado por la editora, *Honorary Research Fellow* del *Wellcome Trust Centre for the History of Medicine* en el *UCL*. Diana Manuel plantea que, aunque no hay ningún detalle explícito referente a la autoría del diario, muy probablemente se trató de James Surrage, del condado de Gloucestershire, un estudiante de Medicina del último año de la Universidad de Edimburgo, que a su regreso logró el grado de MD y obtuvo el doctorado con una tesis sobre fiebre puerperal en 1835 (pp. 1-2). Manuel consagra el resto de las páginas de la introducción a señalar las principales características de la formación médica parisina tras la Revolución y, más concretamente, en los años treinta del siglo XIX, pero también a exponer los rasgos fundamentales de la formación alcanzada por el diarista en la Universidad de Edimburgo antes de iniciar su estancia en París. Esta información ayuda al lector no muy familiarizado con el tema a realizar una mejor interpretación y aprovechamiento de los testimonios aportados por el estudiante de Medicina de la que fue la Universidad más prestigiosa de las Islas Británicas entre 1770 y 1820, que se desplazó a París,

destino obligado en esos momentos de quien deseara adquirir de primera mano una formación y experiencia en la nueva ciencia médica.

Aunque el diario ofrece información sobre el estado de ánimo de su autor, sus problemas de salud durante su estancia y la vida cultural parisina de la que participó, su mayor valor es servir de buen testimonio de las observaciones, experiencias y actividades llevadas a cabo en la Facultad de Medicina y en los principales Hospitales generales y especializados de París. También por las opiniones del diarista sobre el trabajo y las habilidades de un número importante de médicos y cirujanos franceses afamados, cuyo trabajo siguió a lo largo de su estancia. Con la libertad de que gozaba en esos momentos un estudiante extranjero de Medicina, el diarista siguió un número importante de cursos teóricos y prácticos de los más prestigiosos profesionales de la época, así como los de la matrona Madame Lachapelle. De hecho, recibió, entre otros, el magisterio de Orfila, Andral, Louis, Velpeau, Dupuytren, Lisfranc, Cruveilhier, Roquet, Roux, Alibert o del cuestionado Broussais. Se sirvió para ello no sólo de los cursos y prácticas oficiales sino también de los cursos privados y de la formación prestada en las clínicas libres, que tanto impresionaron a algunos médicos españoles del siglo XIX y que se buscó emular en nuestro país años más tarde al hilo de los cambios introducidos durante la Revolución del 68.

Las páginas del diario contienen detalladas descripciones de los casos y tratamientos médicos y quirúrgicos que presenció, así como de los procedimientos diagnósticos empleados y de las tan usuales disecciones de cadáveres. Con respecto a estas últimas, el diarista señala la facilidad para llevarlas a cabo en París y para usar cadáveres para el entrenamiento quirúrgico, a diferencia de lo que ocurría en su país a pesar de la Ley de 1832, pero también critica algunas malas disecciones que presenció por cuanto suponía desperdiciarlas e incluso perder la oportunidad de conocer el problema responsable de la muerte del paciente. A lo largo de estas descripciones el estudiante escocés fue incorporando también sus opiniones sobre la nueva Medicina francesa y la compara en ocasiones con la británica. De hecho, mostró su preferencia por el modo de realizar el interrogatorio de los pacientes los médicos franceses, señaló la mejor técnica pero también mayor deshumanización de los cirujanos franceses frente a los ingleses y a los norteamericanos, y llamó la atención sobre la exposición que se hacía de las mujeres en los cursos de partos.

A la vista de lo expuesto se puede decir que la información contenida en el diario y los testimonios incluidos desde esta perspectiva comparada proporcionan al lector elementos útiles para que se pueda forjar una idea más aproximada de lo que fue la Medicina francesa en el París de esos momentos y de la atracción que ejerció en los profesionales de otros países.

El diario refleja claramente el interés que mostró su autor no sólo por obtener una buena formación y capacitación teórico-práctica en todo lo que la medicina francesa de esos momentos le podía ofrecer, sino también por aprovechar su estancia parisina para conocer y hacerse con bibliografía francesa novedosa, recursos médico-docentes

(modelos anatómicos, especímenes patológicos, esqueletos, etc.) útiles e instrumental médico-quirúrgico interesante y más económico que en su país. Todo ello formó también parte del bagaje con que el estudiante de Edimburgo regresó a su país.

En suma, creemos que una edición con las características como la que estamos reseñando resulta de interés por un doble motivo. Por un lado, por la posibilidad de contar con una nueva fuente para el estudio de la Medicina francesa del XIX. Por otro, por la información contenida en el estudio introductorio y en las notas sobre la formación médica en Francia y en Gran Bretaña desde finales del siglo XVIII hasta los años treinta del XIX. La edición habría quedado más redonda si se hubiera consultado no sólo bibliografía anglosajona. ■

M.^a Isabel Porrás Gallo, Universidad de Castilla-La Mancha

Ana Cecilia Rodríguez de Romo. *Claude Bernard, el sebo de vela y la originalidad científica*, México, Siglo XXI Editores, UNAM y Academia Mexicana de Ciencias, 2006, 200 pp. ISBN: 968-23-2650-8.

La «industria Claude Bernard» es una de las más consistentes en la Historia de la Ciencia. Su papel histórico como consolidador de la ciencia experimental —fundador de la Fisiología general— y como metodólogo (autor de *Introducción al estudio de la medicina experimental*, 1865, texto de tan prolongada vigencia, que, sin pretender ser exhaustivos, se puede encontrar en una decena de ediciones en español entre 1880 y 2005) le han hecho uno de los objetivos seguros de la investigación en historia y filosofía de la ciencia. En los dos últimos años se han publicado en España, según la base de datos ISBN, sendos estudios, por Dolores Escarpa (*Filosofía y biología en la obra de Claude Bernard*, Madrid, UCM, 2005) y Oriol Martí Casas (*Claude Bernard y la medicina experimental*, Barcelona, 2006). La cantera bernardiana tiene su mayor filón en Francia, naturalmente, donde se publicaron al menos 6 libros entre 1990 y 1999 (A. Prochiantz, *La révolution physiologique*, Paris, 1990; Grmek, M. D. *La méthode expérimentale*, Paris, 1991; P. Gendron, *Rationalité d'un méthode*, Paris-Lyon, 1992; P. Debray-Ritzen, *Un nouvel état de l'humaine raison*, Paris, 1992; F. Dagognet, *Savoir et pouvoir en médecine*, Paris, 1997 y Grmek, *Le legs de Claude Bernard*, Paris, 1997).

El presente libro suma a esta línea una aproximación crítica y detallada a uno de los momentos clave de la trayectoria científica del fisiólogo francés, el del descubrimiento de la función digestiva del páncreas. Está dividido en tres partes: «Intuición y tanteo», «Pruebas y sutilezas», y «Madurez y certeza», en lo que se puede decir que constituye una construcción histórica (concatenación de sucesos en la vida de C.

Bernard) e historiográfica (reconstrucción crítica actual de aquellos) de una verdad fisiológica. Su autora es la médica mexicana, doctora en historia y filosofía de las ciencias por La Sorbona y profesora en el Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina de la Facultad de Medicina de la UNAM, Ana Cecilia Rodríguez de Romo, co-responsable del *Boletín Mexicano de Historia y Filosofía de la Medicina* que publica la Sociedad homónima y con una sólida trayectoria de contribuciones a la historia de la medicina mexicana. El libro incluye una sobria presentación elogiosa por José Luis Barona, que en su última frase condensa toda una reseña. Y es que, en efecto, el minucioso análisis de los cuadernos de laboratorio y su confrontación con los textos publicados y los recuerdos expresos de Bernard, así como los de sus contemporáneos, hace posible un acercamiento muy cercano a la compleja realidad humana del trabajo de investigación. Aléjense los que busquen en esta narración un texto al uso, lleno de lugares comunes; por el contrario, la Dra. Rodríguez de Romo consigue, con paciencia de detective y agudeza de filósofa, mostrar la multifacética realidad de la indagación, con su suma de intuiciones, olvidos y recuerdos interesados, causalidades y premeditaciones, todo sobre la base de una voluntad y un propósito verdaderamente férreos y una no menos aguda inteligencia. Prueba, fuera de toda duda, que el relato del propio Claude Bernard sobre su descubrimiento a partir de una observación *in vivo* ha de ser sustituido por la evidencia historiográfica de que originó de un experimento *in vitro*. El libro se propone como un caso empírico de estudio acerca de la creatividad científica, explícitamente apoyado en Grmek y en Simonton, afirmando la categoría de «genio intuitivo» para el autor estudiado. El estilo narrativo es ágil y minucioso en la descripción de prácticas experimentales, hipótesis y afirmaciones, préstamos y reinterpretaciones que constituyen la intrincada maraña de la indagación bernardiana. La autora muestra un conocimiento actualizado de los problemas que estudia y lo aplica para explicar las dudas y obstáculos surgidos en el devenir del esclarecimiento del problema, sin por ello desdeñar la cita literaria (de Rowlings a Volpi, pasando por Saramago). Sustenta firmemente que la experimentación es un arma heurística indispensable en el devenir de la Fisiología, capaz de reformular el marco conceptual del que se parte. También, en su último apartado, muestra la capacidad conformadora que sobre el pensamiento poseen los marcos conceptuales aceptados, cuando Bernard se muestra el mayor crítico de experiencias y comentarios en todo similares a los suyos propios de diez años atrás.

En suma, un libro de agradable lectura, que enriquece notablemente la tradición hispánica de historia de la Fisiología e incluso la sitúa en un nivel distinto de indagación al que estábamos acostumbrados. ■

Esteban Rodríguez-Ocaña, Universidad de Granada

Philippe Hauser. *Estudios medico-topográficos de Sevilla* [Presentación de Juan Luis Carrillo Martos. Índices de Inmaculada Franco Idógoras]. Sevilla, Área de Cultura, Ayuntamiento de Sevilla [Colección Clásicos Sevillanos nº 24] 2005, 2+1 vols. 442 + 592 + 56 pp. ISBN: 84-96098-49-4

Anastasio Rojo Vega (ed.) *Memoria que la Junta Local de Sanidad de Valladolid eleva al Consejo de Sanidad del Reino en cumplimiento del Decreto de 23 de marzo de 1894*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2006

El patrocinio municipal proporciona, una vez más, interesantes frutos a la historia de la medicina mediante la publicación facsimilar de textos tan interesantes como los que aquí se reseñan. El monumental libro de Hauser, que inaugura su portentosa serie de trabajos de geografía médica (Sevilla, 1882-84; Madrid, 1902, Península Ibérica, 1913), aunque conocido, era de difícil acceso. Aparentemente, pese a que fue comprado por los Ministerios de Fomento y Ultramar para las bibliotecas públicas, hoy, la consulta a los catálogos electrónicos indica que sólo se encuentran ejemplares en las bibliotecas de las universidades Complutense de Madrid, Oviedo, Granada y Sevilla, en tres de las del CSIC y en las bibliotecas públicas del Estado de Córdoba y de Andalucía (sede Granada), aparte de en algunos otros archivos, con el agravante de que, por su antigüedad, suele estar excluido de préstamo. Personalmente me ha supuesto una gran alegría el conocer esta edición, pues hace algunos años embarqué a los profesores Juan Luis Carrillo y Guillermo Olagüe en la aventura de editar esta misma obra para la colección *Archivum* de la Editorial Universidad de Granada, infructuosamente, ya que finalmente quedamos *compuestos y sin novia*, como se suele decir. Carrillo pone con esta edición una piedra más en la tarea, (*Studia Hauseriana*, la denomina en su presentación del facsímil) que acomete desde 1990 con su habitual rigor y tenacidad y a la que pertenecen su edición de la autobiografía de Hauser, la dirección de una tesis sobre su biblioteca y la coordinación de sendas reuniones donde se han discutido distintas perspectivas de la obra de este. En su *Presentación* de estos *Estudios médicos de Sevilla* da cumplida cuenta de la personalidad y contribuciones de este médico judío y húngaro asentado en España desde 1872, autor de una obra que carece de parangón en la producción científicomédica hispana por sus apoyos empíricos y amplitud de visión. El volumen extra de *índices* reúne las voces onomásticas y topográficas citadas en los dos tomos del libro de Hauser en una única lista; un repaso apresurado permite advertir que los cuatro nombres propios más citados pertenecen a ingenieros (Coello y Quesada, Barrau, Higgins y Mollet), seguidos por los de los médicos Pettenkofer y Lombard, algo previsible en un seguidor del ambientalismo higienista. Como he dejado escrito en otro lugar, donde la mayoría de los autores hispanos hacían discursos morales, Hauser analizaba una impresionante colección de datos, que obtenía de las más distintas fuentes públicas y privadas. Se trata, pues, de un auténtico clásico español de la Salud Pública que merece ser rescatado, leído y estudiado.

Entidad menor presenta el segundo texto, la *Memoria* sanitaria de Valladolid de 1894 que, sin embargo, reúne la curiosidad de unir la edición facsimilar de su original manuscrito, completo, y de su incompleta versión impresa. Ha sido publicada dentro de las celebraciones del VI Centenario de la Facultad de Medicina vallisoletana. El original, obra de Salvino Sierra, subdelegado y profesor de la Facultad, y Eugenio Muñoz Ramos, jefe del laboratorio municipal, forma parte de los procesos de toma de decisiones respecto al cambio en la legislación sanitaria que venía discutiéndose a lo largo del periodo de la Restauración. La Sociedad de Higiene pidió en 1889 al gobierno de España que dispusiera la organización de servicios municipales de desinfección y que mejorara los sistemas de construcción y de uso del alcantarillado. Para hacer frente a la segunda propuestas, el gobierno liberal ordenó en 1894 una encuesta sobre la salubridad de las ciudades, que recibió más de 100 informes de contestación, de los que sólo se publicaron unos cuantos. Ante la ausencia de fondos documentales centrales, estamos a expensas de las pesquisas locales que, como en este caso, o en el de la Memoria valenciana de 1892 rescatada por Carmen Barona y Manuel Martínez (en *Trobades*, 1997) sacan a la luz las encuestas originales. Este texto, una rápida topografía médica de la ciudad del Pisuerga, muestra la larga transición entre la mentalidad ambientalista y la microbiológica, que en realidad, coexistieron durante decenios, pese a que en la ciudad castellana se gozara de un laboratorio bacteriológico puesto al día, según la información aquí contenida. ■

Esteban Rodríguez-Ocaña, Universidad de Granada

Enrique Beldarraín Chaple. *Los médicos y los inicios de la antropología en Cuba*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz-Ediciones Pontón Caribe S.A., 2006, 248 pp., 17.5 cm., ISBN: 959-7091-61-5.

Se trata de un libro de formato cómodo organizado internamente en siete capítulos. Contiene también secciones de Agradecimientos e Introducción, una titulada Testimonio gráfico, la bibliografía y un currículum del autor. Es una edición becada por la Fundación Fernando Ortiz con financiamiento del Fondo de Desarrollo para la Educación y la Cultura de Cuba y fue presentado en sociedad en el Centro Nacional de Información de Ciencias Médicas de La Habana en julio de 2006.

El primer capítulo, *Medicina y Esclavitud*, está dedicado en esencia, al testimonio de la medicina académica isleña sobre varios aspectos de la población negra esclava usando para ello cuatro obras escritas por médicos alrededor del siglo XIX cubano. De estas obras, Beldarraín Chaple describe y comenta segmentos que le resultan in-

teresantes que incluyen aspectos demográficos, sanitarios, fisiopatológicos y clínicos. Destaca, frente al corto recibo que les dio la comunidad científica local, el carácter pionero de las obras, las vicisitudes de su difusión, la trayectoria de los autores y de otros médicos nacionales. El capítulo está ambientado con la suerte de los aborígenes tras el descubrimiento de América por los españoles como antecedente de la esclavitud negra. En el segundo capítulo, *Medicina de los indios de la isla de Cuba*, de igual manera, trae el libro las noticias de tres obras de médicos cubanos que versan esta vez sobre la medicina indígena de la isla y no desde observaciones propias, como los anteriores autores, sino que usan como fuente los textos de los cronistas españoles de la Conquista. Los autores releen los clásicos para extraer aspectos de la vida de los siboneyes y taínos, incluidos los referentes a su práctica médica, y presentarlos ante sus colegas como ejercicio académico entre 1880 y 1936. El tercer capítulo inspecciona la actividad de la *Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana* y su órgano oficial de publicación para dar cuenta de la presencia de intereses antropológicos. Este organismo, de composición mayoritariamente médica, en las últimas décadas decimonónicas recibió trabajos, acogió debates y patrocinó expediciones que el autor clasifica como de corte antropológico. De ellos se dan fechas, títulos de los trabajos y apuntes sobre la formación de sus autores, sus opiniones y su consideración en el medio académico habanero. Dedicación especial a la escisión de la sección de antropología de la Real Academia para formar un nuevo organismo según directiva matritense informada en 1877. El nuevo ente, la *Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, es el motivo del cuarto capítulo, desde su fundación en 1877 hasta su disolución en los últimos lustros del siglo. Los fundadores, los objetivos proclamados y los temas que animaron las sesiones y su revista son comentados desde el archivo de actas y publicaciones de la sociedad. Los capítulos 5 y 6 tratan, respectivamente, la participación protagónica de los médicos en la cátedra de antropología de la Universidad de La Habana y el carácter antropológico impuesto por ellos a la medicina legal isleña. El primero da cuenta de la fundación y desarrollo de la cátedra en las décadas iniciales del siglo XX, de las materias dictadas y de los textos de estudio, y, también, de la participación de los médicos como directores y benefactores del Museo de Anatomía Comparada (1823) y del Museo Antropológico Universitario (1903). Sobre los peritajes médico-legales se enfatiza su realización con técnicas antropológicas que fueron aplicadas durante el siglo XIX a dirimir problemas raciales y de identificación de esclavos muertos por lesiones. Luego, en el siglo XX, se expone el recibo del legado y su ampliación por los médicos de la Comisión de Medicina Legal de la Academia de Ciencias. El último capítulo se titula *Doctrina médica neofascista: eugenesia, homicultura y algunos médicos cubanos de inicios del siglo XX*. Trata la invención de la homicultura por médicos cubanos como una disciplina dedicada a producir y aplicar conocimiento científico para evitar la degeneración de la especie humana y promover su mejoramiento. También toca el proyecto médico de hacerla una ciencia nacional y mundial en la primera mitad del siglo XX. Finalmente, sus relaciones con la eugenesia y los

debates médicos sobre la mezcla de razas, las conductas antisociales, la inmigración antillana, jamaicana y china, entre otros temas.

El libro entrega justamente lo que ofrece en su título *Los médicos y los inicios de la antropología en Cuba*. Reúne un abundante material, probablemente disperso, en torno al eje médicos-antropología que hace loable el esfuerzo. La vinculación de trabajos histórico-médicos a este eje y, por tanto, su inclusión en el libro, se ve favorecida por el uso de una acepción amplia de la disciplina antropológica y su abordaje metodológico. El único criterio limitante sería el que tales trabajos puedan vincularse a los prolegómenos de la antropología isleña. A mi entender, esto lleva al texto a contemplar las incursiones médicas en un dilatado período de tiempo y sobre una mayúscula diversidad de temas que le dan un acentuado carácter enumerativo y pandean su calado analítico. Explicaría también una común ausencia del contexto y que se queden sin profundizar asuntos de la importancia del racismo científico o de los efectos prácticos de la homicultura y la eugenesia en el pueblo cubano, o del proceso de institucionalización de la ciencia a través del discurso médico y su influencia en la configuración de la nación, o, también por ejemplo, el carácter colonialista que tal vez tuvo en muchas ocasiones la antropología. El texto se inscribe en la tendencia tradicional de la historiografía de la medicina, es decir aquella originada en la medicina facultativa, en sus archivos y dedicada a la celebración del saber y las prácticas de la profesión. Estos médicos, la mayoría formados en el extranjero y discípulos de eminentes maestros, son miembros de la élite social habanera, altos funcionarios del gobierno y políticos. Ellos escribieron para sus colegas de la academia, fueron precursores en la difusión de la ciencia europea y protagonizaron hitos como la apertura de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia en 1909, «nuestro primer ministerio y primero a nivel mundial» (p. 208), como la introducción y desarrollo de la homicultura que «tuvo gran florecimiento y esplendor en Cuba, considerada su verdadera cuna» (p.189), o, el descubrimiento del *homo cubensis* «uno de los temas más polémicos de la antropología cubana e internacional» (p. 164). Fotografías de algunos de estos médicos, de las portadas de sus trabajos, de la sede de la Real Academia que los convocó y de las deformaciones elefantíasicas de unos de sus anónimos pacientes se reproducen en la sección de Testimonio Gráfico (pp. 213-232). Así, la sesquicentaria revisión realizada, es enfocada a proveer argumentos para la tesis de los médicos antropólogos pioneros, en el marco de un añorado dominio de la medicina sobre la antropología y de una inexplicada exclusión de la materia antropológica en la cátedra de medicina de la Universidad de la Habana.

En mi opinión, quien lee el libro lamentará particularmente la insuficiencia del contexto de los hechos y la privación de información para el contraste, así como de bibliografía crítica. Esto permite una narración sin tensiones en la que las fracturas del proyecto médico son tímidamente atendidas y se transmite la idea de una opinión única de la que se ausentan los demás hombres y todas las mujeres del entorno cubano. Una hagiografía, en fin, que pretende en ese sentido definir la historia. De otra parte, son ausencias que también facilitan otro riesgo historiográfico que el autor asume a

veces cuando juzga desde el presente las «abominables» actuaciones de los esclavistas (capítulo 1), o el uso de las nociones de asepsia y contagio en la medicina indígena (capítulo 2) o las «ideas científicas absurdas» de la eugenesia de principios del siglo XX (capítulo 7). Son cuestiones con las cuales se endeuda Enrique Beldarraín que junto a los deslices en la gramática normativa y otros detalles no cuidados de la edición me hacen pensar en esta obra como la transcripción apretujada de un magnífico cuaderno de apuntes de investigación cuyas notas de campo se ordenaron apresuradamente en un producto prematuro. ■

Marco Aurelio Luna, Universidad de Granada,
Universidad de Pamplona (Colombia)

■ **Diego Armús (eds.)** *Disease in the History of Modern Latin America: From Malaria to AIDS*, Durham, Duke University Press, 2002. ISBN: 0-8223-3057-1.

Desde el título, *Enfermedad en la historia de América Latina moderna*, mismo se plantea el propósito de esta colección de ensayos: una mirada a la historia a través de la óptica de la enfermedad. Lejos ya de una historia de la medicina como relato heroico de una ciencia que avanza, o de la “conquista” de una enfermedad determinada, los trabajos aquí recopilados dan cuenta de una disciplina consolidada en el continente, que enriquece el estudio histórico al conceptualizar la enfermedad como lugar de decantación de interacciones políticas, económicas, sociales y culturales y al incluir la salud y la enfermedad como elementos importantes de la experiencia histórica.

El libro consta de once ensayos, laxamente organizados de forma cronológica, que abarcan el siglo XX y estudian, además de Brasil, México y Argentina (los países más representados en los estudios latinoamericanos en Estados Unidos), enfermedades en Colombia, Perú y Bolivia. A cada ensayo corresponde una enfermedad: malaria, histeria, enfermedad de Chagas, tuberculosis, lepra, uncinariasis, sífilis, hospitalismo, enfermedades mentales, cólera y SIDA (que en Brasil conservó su acrónimo en inglés AIDS). Sus autores son reconocidos estudiosos del tema que trabajan en América Latina o en universidades estadounidenses.

El excelente ensayo introductorio de Diego Armús da cuenta de la riqueza de la producción reciente en el campo de la historia de la medicina, la salud pública y la historia social de la enfermedad en las últimas dos décadas en América Latina. Los trabajos recopilados en el libro son una muestra de lo mejor que se escribe actualmente en este campo, ilustrando la variedad de temas y perspectivas abiertas a la investigación. Logrando con éxito “evitar la tentación de concebir la historia de la enfermedad

en la región como centrada necesariamente en las enfermedades tropicales," (p. 1) no por ello deja esta colección de incluirlas, pero como parte integral de la historia de la modernización de América Latina durante el siglo XX.

De este proceso de modernización hace parte el interés del gobierno brasileño en sanear la región amazónica entre 1900 y 1920, en un periodo de intensa explotación cauchera. El ensayo de Nancy Stepan sobre las encuestas maláricas emprendidas en esta zona nos muestra una "versión local de un estilo internacional de investigación" (p. 27). Estos estudios, llevados a cabo por científicos reconocidos internacionalmente (Oswaldo Cruz, Carlos Chagas), alcanzan conclusiones originales y están animados por el compromiso de aplicar una ciencia nacional a las necesidades de desarrollo del país.

El propio Carlos Chagas ocupa un lugar central en el trabajo de Marilia Coutinho sobre medicina tropical en Brasil. En 1909 Chagas describió la enfermedad que lleva su nombre. Su historia hace parte, en palabras de la autora, del "tipo tropical de medicina tropical" (p. 79). Se resalta aquí la actividad científica en una región periférica, inserta en una red internacional de intercambio científico pero con motivaciones locales y una agenda política propia. No se trata ya de la empresa imperial de potencias europeas, sino de una investigación estrechamente ligada a la construcción de una identidad nacional.

En México, la campaña contra la uncinariasis iniciada por la Fundación Rockefeller en 1924 se transformó, según Anne-Emanuelle Birn, en vehículo de legitimación del gobierno revolucionario, ofreciendo algo para cada quien: servicios de salud pública rural en forma de letrinas, tratamientos y educación para los campesinos, reconocimiento y cargos públicos para una elite médica, materia de negociación para los políticos, una misión redentora para los funcionarios de la Rockefeller y buena prensa para los Estados Unidos. Todo ello pese a que la uncinariasis no fue nunca un problema epidemiológico de importancia en México, como sí lo fue en otros países de América Latina.

También en el México revolucionario se enmarcan otros dos ensayos: Katherine Elaine Bliss estudia la sífilis como problema que ocupó a médicos y salubristas durante varias décadas en su propósito de proteger a las generaciones futuras. Si por una parte la guerra en los campos llevó a miles de mujeres jóvenes a la capital, muchas de ellas sin más opción que la prostitución, por otra parte el gobierno revolucionario intentó desarrollar una política de prevención de la sífilis acorde con nuevos ideales: transformación de las ideas populares y atávicas sobre la sexualidad y la enfermedad a través de la educación; educación guiada por una salud pública que busca la integridad del cuerpo nacional.

Disminuir la mortalidad infantil fue otra de las metas del estado revolucionario mejicano. Proveer el más avanzado cuidado hospitalario para niños huérfanos fue una de las intervenciones desarrolladas durante la década de los veinte. Paradójicamente, los niños institucionalizados languidecían, con peores resultados que al lado de sus miserables familias. Ann S. Blum, partiendo del trabajo de médico Gómez Santos en el orfanato público de ciudad de México, nos muestra la consolidación de una ciencia

pediátrica en México, atenta a los desarrollos internacionales pero respondiendo a necesidades nacionales, redefiniendo en el proceso la maternidad, la eugenesia y la política social con ideales revolucionarios.

El caso de la lepra en Colombia, analizado brillantemente por Diana Obregón, nos muestra otro ejemplo en el que el control de una enfermedad se convierte en asunto de prestigio nacional. Sirviendo a los médicos para legitimar su autoridad en materia sanitaria frente a las instituciones de caridad, la lepra es asumida por el gobierno nacional como prioridad de salud pública, paso indispensable para la construcción de una sociedad moderna.

El estudio de Ann Zulawski, utilizando los registros del Manicomio Nacional Pacheco, nos abre una ventana a la experiencia de ser enfermo mental en la Bolivia de la década de los cuarenta, que pasa por las categorías de género, clase y raza. Armús estudia la cultura popular del Buenos Aires de la primera mitad del siglo XX, especialmente el tango, para mostrar cómo la tuberculosis es reiterada como metáfora de la caída de las mujeres proletarias que abandonan su entorno doméstico, en una época de rápidas transformaciones sociales. También en Buenos Aires se sitúa el ensayo de Gabriela Nouzeilles, que interpreta lo que se describió como epidemia de histeria entre las mujeres porteñas a finales del siglo XIX como intersección de poder patriarcal y resistencia desplazada, manifestación de la ansiedad generada por la intensa modernización.

Dos ensayos sobre epidemias al final del siglo XX cierran el libro. En su análisis sobre la epidemia de cólera en Perú en 1991 y la forma en que el gobierno manejó la situación, Cueto nos muestra con claridad la naturaleza profundamente política del control de las enfermedades. Frente a las causas fundamentales de la epidemia, sociales y económicas, se opta por una definición de la enfermedad en términos de riesgos y comportamientos individuales, a tono con las políticas neoliberales que están siendo implementadas en ese periodo. Patrick Larvie estudia la interacción entre el concepto de una peculiaridad sexual brasileña y el imperativo de desarrollar un estado nacional moderno. Utilizando la respuesta al SIDA como objeto de análisis, arguye que teorías de las primeras décadas del siglo XX sobre una peculiaridad de la sexualidad brasileña, que han sido uno de los pilares de la construcción de la identidad nacional, se reconfiguraron en los años 80s para explicar la epidemia de SIDA y diseñar una respuesta netamente brasileña.

Este libro es esencial para quienes estén interesados en la historia de la enfermedad en América Latina, pero también para los estudiosos de América Latina en general. A través de la enfermedad, cada uno de los ensayos nos muestra diversas caras de la modernización de la sociedad y la construcción y legitimación de estados que ha tenido lugar durante el siglo XX en toda la región. La medicina, como la manifestación más desarrollada de la ciencia en todos los países latinoamericanos, ha sido uno de los más importantes aliados de cualquier gobierno en estos procesos. Por ello, no sorprende que estos estudios se realicen estrictamente dentro del marco de las historias nacionales.

Falta aún una perspectiva regional, o una historia comparativa que no tenga como único referente las metrópolis de cada periferia. ■

Paola Mejia, Columbia University (EE.UU.)

Marcos Cueto, Víctor Herrera (eds.) *Historia, salud y globalización*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos [IEP ediciones] y Universidad Peruana Cayetano Heredia [Lecturas contemporáneas, 5] 2006, 240 pp. ISBN: 9972-51-149-9.

Constatemos tres hechos: este es un libro latinoamericano, hecho en y para el continente que llamamos Latinoamérica (ya sabemos que, pese a todo, América sólo identifica, cada vez más, a un único país, el actualmente presidido por Bush Jr.); es una publicación muy ambiciosa, que se dirige a un público extenso con fines de información y agitación académica sobre un asunto de total actualidad; y lo hace con una perspectiva histórica que, a juicio de sus muñidores, es la mejor garantía para dirigir una discusión fructífera sobre el presente. Por las tres razones es un texto recomendable para todos los hispanohablantes. Tal vez debería explicar la razón de la primera de mis afirmaciones, que es la poca atención que en España se le dedica a este asunto; una búsqueda realizada en febrero de 2007 a través de SCIELO produce cinco artículos referidos a la materia «salud global»¹. Uno de ellos se refiere a ella de modo colateral (Fernández, 2004), dos tienen que ver con acontecimientos (Peruga, 2004; Umaña-Peña, Álvarez-Dardet, 2004) y dos discuten o comentan el concepto y sus implicaciones (Umaña-Peña, Álvarez-Dardet, Vives, 2006; Franco, 2003); el más precoz de todos es precisamente obra de un investigador colombiano afincado provisionalmente en España. Esta rareza realza las otras dos características señaladas de este texto.

El libro es una recopilación de seis trabajos originales y cuatro documentos. Los primeros ya habían sido publicados, tres de ellos —firmados, respectivamente, por Marcos Cueto; Theodore Brown, Cueto y Elisabeth Fee; así como por Jennifer Ruger— en inglés en *American Journal of Public Health*, los dos restantes son obra de Víctor Zamora, uno de

1. UMAÑA-PEÑA, Román; ÁLVAREZ-DARDET, Carlos; VIVES CASES, Carmen. La opacidad de los acuerdos generales de bienes y servicios en España. *Gac Sanit.*, 2006, 20, 228-232; UMAÑA-PEÑA, Román; ÁLVAREZ-DARDET, Carlos. El Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios y sus implicaciones para la salud pública. *Gac. Sanit.*, 2005, 19, 475-480. PERUGA, Armando. El Convenio Marco para el Control del Tabaco: respuesta a la globalización de una epidemia comunicada. *Gac. Sanit.*, 2004, 18, 343-345; FERNÁNDEZ, Esteve. Gaceta Sanitaria: nuestra revista para la salud pública local y global. *Gac. Sanit.*, 2004, 18, 257-259; FRANCO, A. Globalizar la salud. *Gac. Sanit.*, 2003, 17, 157-163.

ellos también segunda versión ampliada de un artículo anterior, más una introducción. La introducción expone con gran claridad las novedades más recientes en el terreno de la salud pública, desde la perspectiva de un solo mundo; esto es, el paulatino ascenso del concepto de «Salud Global», *global health*, aparecido en ámbitos anglosajones. Nuevos términos científicos reflejan nuevas concepciones y realidades nuevas, de modo que a una salud mundial entendida como la suma de la salud de las naciones, negociada entre autoridades locales/nacionales (desde las morberías mediterráneas nacidas en el siglo XIV, a las conferencias y tratados internacionales sanitarios del siglo diecinueve) o mediadas por agencias intergubernamentales (caso de la mayor parte del siglo veinte) le ha sucedido un escenario más complejo, en un contexto de una sola economía, donde se multiplican los actores, intervienen con voz propia grupos privados y agrupaciones legas y se agrandan tanto los riesgos como las oportunidades. Para comprender este proceso, nada mejor que estudiar los cambios producidos en el escenario internacional en los últimos cincuenta años, a lo que se dedica la selección de trabajos originales reunida en el texto (titulados «Los orígenes de la Atención Primaria de Salud y la Atención Primera Selectiva de Salud», «Las enfermedades emergentes como un reto para la salud pública en el Perú», «La OMS y la transición de la salud internacional a la salud global», «El rol cambiante del Banco Mundial en la salud global» y «Globalización: ¿cuán preparada está la salud pública peruana?»). Si bien los textos referidos al Perú tienen un enfoque empírico y un interés particular, no por ello desmerecen de los restantes, de alcance más general, en tanto que muestras de la complejidad de las relaciones que se establecen entre los diversos niveles políticos. El interés general de los otros tres artículos, traducidos, y algo ampliados desde su primitiva aparición en la revista norteamericana, se justifica por su temática, su desarrollo analítico minucioso y su claridad expositiva, que les confieren gran calidad informativa. Cualidades estas que quedan realizadas por los cuatro interesantes documentos que cierran el libro: Objetivos de desarrollo del milenio (ONU, 2000), Declaración de la Asamblea de Salud de los Pueblos (Bangladesh, 2000), «Los retos mundiales de la salud», declaración del primer programa *New Century Scholars* de la fundación Fullbright (Washington, 2002) y el resumen ejecutivo del Informe estratégico de la *Joint Learning Initiative* —iniciativa de aprendizaje conjunto en recursos humanos para la salud, apoyada por Fundación Rockefeller, Agencia Sueca del SIDA, Fundación Bill & Melinda Gates, Athlantic Philanthropies, Open Society Institute, Agencia Canadiense de Desarrollo, Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit, el Department for International Development del Reino Unido, la OMS y el Banco Mundial (2004).

El libro sirve perfectamente como vehículo de preparación de cursos y seminarios y realiza una aportación destacada a la historia contemporánea. Cuál sea el sentido que, finalmente, nos depare la universalización de la salud, es algo que está en nuestras manos. ■

Jeffrey Sachs. *El fin de la pobreza. Cómo conseguirlo en nuestro tiempo*, Barcelona, Editorial Debate, 2005, 550 pp. ISBN: 84-8306-690-4.

Ni que decir tiene que la pobreza, y más concretamente aquellos y aquellas que la han sufrido y que la sufren, ha sido objeto de estudio histórico desde distintas perspectivas y metodologías. La historia y antropología de la medicina, la historia de la asistencia, la historia social, cultural y de las mentalidades, la historia de la ciencia y de la práctica psiquiátrica han pretendido analizar el complejo fenómeno de la marginación, destacando los elementos económicos, pero también raciales, culturales, sexuales, ideológicos, políticos, etc. que componen la polivalente marginalidad desarrollada en las diferentes sociedades históricas. En este sentido, el interés que despierta el libro de Sachs es incuestionable. Aborda un tema clásico y muy estudiado, el crecimiento económico, pero lo hace desde un ángulo diferente al habitual, desde la perspectiva de la pobreza, y, sobre todo, con una finalidad eminentemente práctica y de gran trascendencia social, por referirse a aspectos esenciales de la vida —la subsistencia— y afectar a una sexta parte de la población mundial. Precisamente, esta llamada expresa a la acción inmediata para acabar con la pobreza en los próximos veinte años, es su mayor aportación. Es cierto que todos los trabajos de ciencias sociales pretenden, en última instancia, ejercer algún tipo de influencia en las conciencias y, a través de ellas, modificar el entorno que nos rodea, pero también lo es que, en pocas ocasiones, esta intención resulta tan explícita y urgente. Así pues, acabar con la pobreza extrema justifica sobradamente éste y otros muchos trabajos, y no caben demasiados rodeos sobre este particular. ¿Por qué entonces realizar un libro sobre este tema si todos estamos de acuerdo con «el fin de la pobreza»? La respuesta no es sencilla, básicamente porque el crecimiento económico sostenido —iniciado por el Reino Unido hace doscientos años— todavía es privilegio de unos pocos países; ya que no ha existido la suficiente voluntad política ni solidaridad social con los menos favorecidos; y, por último, porque, cuando el conjunto social parece que ha tomado conciencia del problema, no existe acuerdo sobre sus causas y, menos, sobre sus remedios. Como todos estaremos de acuerdo en terminar con la pobreza, tal vez resulte interesante al lector conocer el hilo argumental del libro reseñado, al mismo tiempo que los apartados que pueden suscitar mayor interés desde una óptica crítica.

El libro de Sachs, economista y profesor de la Universidad de Columbia¹, tiene como pretensión el ambicioso reto de acabar con «la pobreza en nuestra época». Para el cantante, fenómeno de masas y prologuista del texto, Paul Hewson «Bono», pagar

1. Para disponer de una idea más completa de la trayectoria académica y profesional del autor puede verse entre otras la siguiente página:

el precio de la igualdad no es sólo cuestión de corazón, sino de inteligencia. E incluso se pregunta si en los tiempos que corren (11-5) no resulta, también, más barato e inteligente convertir en amigos a los potenciales enemigos, que defenderse de ellos. Pero, como bien refiere el subtítulo, el libro no sólo presenta un camino para cumplir el Objetivo de Desarrollo del Milenio para 2015 —reducir la pobreza a la mitad—, sino que tiene como principal virtud mostrar el modo en el que esta ardua tarea puede realizarse por nuestra generación antes del año 2025.

Sachs parte de su experiencia como observador privilegiado, conferida en sus veinte años de asesor cualificado de gobiernos con graves problemas económicos, para contribuir a la acción colectiva de buscar el «éxito económico» de los menos favorecidos. Parte de la premisa de que cuando la ayuda gubernamental y exterior establecen las condiciones previas de infraestructuras básicas (carreteras, energía, puertos) y capital humano (sanidad y educación), los mercados son poderosos motores de desarrollo. Pero, como él mismo reconoce, su trabajo no responde al importante problema de la desigual distribución de la riqueza en el mundo, sino que desea mostrar «el modo de avanzar hacia la senda de la paz y la prosperidad, basándose en una comprensión detallada de cómo la economía mundial ha llegado a donde está hoy y de la manera en que durante los próximos veinte años nuestra generación podría movilizar sus capacidades para erradicar la pobreza extrema que subsiste».

El voluminoso libro, más de 500 páginas y 18 capítulos, se puede reagrupar para su análisis en tres apartados. El primero (capítulos 1 a 4) teoriza sobre el fenómeno de la pobreza. El segundo (capítulos 5 a 10) diseña un nuevo método de análisis económico («clínico»), a partir de las lecciones prácticas del asesoramiento a gobiernos. Y el tercero (capítulos 11 a 18) concreta la formulación de propuestas y soluciones posibles.

En el primer capítulo, «Retrato de familia mundial», Sachs establece que la erradicación de la pobreza extrema² está al alcance de la mano solamente si somos capaces de darnos cuenta de la oportunidad histórica que tenemos ante nosotros. Luego el primer paso es comprender «cómo hemos llegado a donde estamos». Si hace doscientos años casi todo el mundo era pobre, será necesario conocer qué factores se esconden tras el llamado crecimiento económico moderno. A ello dedica el segundo capítulo, «La extensión de la prosperidad económica» y, de manera especial, el tercero, «Por qué algunos países no consiguen prosperar». El autor realiza todo ello con la idea de que los países pobres superen la trampa de la pobreza, alcancen el primer peldaño de la escalera del desarrollo y, en definitiva, puedan dirigirse por la senda del crecimiento autosostenido.

http://www.copdes.gov.do/documentos/Bio_Jeffrey_Sachs.pdf#search=%22jeffrey%20sachs%20university%20of%20columbia%22

2. Esta se identifica con el último escalón de la «escalera del desarrollo», que afecta a una sexta parte de la población mundial, y se localizada preferentemente en Extremo Oriente, sur de Asia y África subsahariana.

Aunque resulta clave la importancia que Sachs le confiere a la Historia económica en el buen diseño de la política económica de nuestros días, coincido con él —frente a su esquemática presentación del crecimiento económico a largo plazo— en que sólo un diagnóstico riguroso de las circunstancias particulares, donde interactúan múltiples factores (económicos, geográficos, políticos y culturales), permitirá una comprensión precisa de la persistencia de la pobreza.

Justamente en el segundo apartado del libro Jeffrey expone las importantes dificultades que afectan a los países por él asesorados (Bolivia, Polonia, Rusia, China, India, África). Más allá de la inconmensurabilidad de sus trabajos de estabilización monetaria o revitalización económica y de la casuística de inconvenientes y ventajas reconocidos en el camino del crecimiento económico³, la aportación más importante de este bloque temático reside en el capítulo 4, «Economía clínica», y su debilidad mayor en el 10, «Los moribundos sin voz: África y las enfermedades».

Resulta cierto que la economía del desarrollo de corte neo-liberal (guía de importantes instituciones como el FMI, BM, etc) necesita algo más que una revisión general, como viene denunciándolo persistentemente el Nóbel de economía Joseph Stiglitz. Y, como avanza Sachs, la «economía clínica» puede ser muy útil como *nuevo* método de trabajo porque comparte al menos cinco lecciones estimables de la medicina clínica, que traducidas al campo de la economía serían: a) las economías son sistemas complejos, b) la complejidad requiere de un diagnóstico diferencial, c) el entorno social tiene gran trascendencia, por lo que los tratamientos deben ser «familiares» (globales) y no sólo «individuales», d) el seguimiento y la evaluación son esenciales para el éxito del tratamiento, y f) los economistas deben guiarse por cierta ética profesional. Estas recomendaciones, según Sach, deben servir para olvidar la «época de ajuste estructural», inaugurada por los gobiernos conservadores (estadounidense y británico), y que nos hizo creer que los problemas de la sociedad actual se solucionarían con simples cambios en la gestión (pública-privada) de los medios de producción⁴. Por ello el autor de libro requiere, antes de establecer un tratamiento para erradicar la pobreza, analizar la sintomatología del paciente, entre otros: la extensión de la miseria, las pautas del gobierno, las barreras culturales y la geopolítica.. Resulta poco coherente, sin embargo, que Sachs tan sólo dedique un capítulo al diagnóstico de la pobreza extrema (el referido a África).

-
3. Entre otros, se pueden destacar la importancia de los condicionantes geográficos y políticos —reformas del mercado—, de la ayuda exterior (inversión y condonación de la deuda), de la participación ciudadana y de la improvisación o falta de preparación de ciertos gobiernos e instituciones internacionales.
 4. Así se identificó el mal gobierno a la excesiva intervención, propiedad y gasto estatal y se propuso como remedio el mayor control presupuestario, las privatizaciones y las liberalizaciones, bajo «el buen hacer» de la gestión privada.

No se puede decir lo mismo respecto al tratamiento de la pobreza, porque el bloque tercero (desde el capítulo 11 al 18) da cumplida cuenta de ello. Tras explicar el contexto histórico y personal bajo el cual asume la dirección del Proyecto Milenio y del Instituto de la Tierra de Columbia, el autor esboza su estrategia para acabar con la pobreza extrema: las inversiones clave que proporcionarán los instrumentos para el desarrollo sostenible. Ello lo realiza, primero, exponiendo las soluciones proyectadas en dos regiones especialmente afectadas por la pobreza (Sauri, en Kenia y Mumbai, en India) y, después, tras teorizar sobre las inversiones requeridas (capital humano, empresarial, natural, institucional e intelectual), documenta 10 ejemplos exitosos que llaman al optimismo⁵. Más adelante subraya la importancia de la necesidad de un pacto global realista, de responsabilidad compartida entre pobres y ricos, y los cinco elementos básicos de una verdadera estrategia de reducción de la pobreza: (a) diagnóstico diferencial y (b) planes de inversión, (c) económico, (d) de donantes y (e) de gestión pública. Pero, como la ejecución estratégica no siempre puede abordarse mediante una gestión descentralizada regionalmente, determina cuatro políticas globales de reducción de la pobreza de ámbito supranacional: (a) deuda, (b) comercio, (c) ciencia y (d) medioambiente, que deberían ser dirigidas de manera coordinada por la ONU y sus instituciones especializadas.

Los cuatro últimos capítulos se refieren, no obstante, a las motivaciones. En la medida que la iniciativa de llevar a cabo los Objetivos del Proyecto Milenio parte de los países ricos, Sachs señala que éstos disponen de los recursos (económicos y técnicos) y motivos sociales e individuales (filántrópicos y de seguridad nacional) para asumir un esfuerzo relativamente modesto y cuantificable. Además, no caben antiguas excusas, como el mal gobierno y la corrupción, justificativas de la inacción, ni tampoco soluciones mágicas (p. ej. la libertad económica).

Sachs, por último, llama a la acción —institucional y personal— de nuestra generación en pro de una globalización «ilustrada» que, basada en la cooperación internacional y en la ciencia, promueva sistemas políticos y económicos más justos, capaces de mejorar la condición humana. La agenda para acabar con la pobreza antes de 2025, así pues, requiere varios pasos: compromiso firme del mundo rico, plan de acción (los objetivos del Desarrollo del Milenio son el primer paso), llamamiento a la justicia del mundo pobre, reorientación del papel de Estados Unidos hacia el multilateralismo y de algunas importantes instituciones internacionales (FMI, BM, ONU) a sus principios fundacionales, finalmente: respeto al desarrollo sostenible y compromisos personales.

5. Revolución verde en Asia, erradicación de la viruela, campañas para la supervivencia infantil y la malaria, Alianza Mundial para la Vacunación y la Inmunización, control de la ceguera de los ríos de África, erradicación de la poliomielitis, difusión de la planificación familiar, zonas de procesamiento de exportaciones en Extremo Oriente y revolución del teléfono móvil en Bangladesh.

Desde mi punto de vista, aunque pueda parecer contradictorio, no resulta muy honesto plantear una revisión crítica «al uso» del trabajo de Sachs como las que normalmente se realizan en el capítulo de Reseñas de nuestras revistas científicas. No debemos olvidar que este libro no es un tratado teórico sobre la riqueza y la pobreza de las naciones o el crecimiento económico moderno, ni tampoco valorativo sobre la eficacia o ineficacia asesora de Sachs, aunque lógicamente el autor haya tenido obligatoriamente que retomar estos temas para justificar de forma vehemente su llamada a la acción colectiva. Pero, a mi modo de ver, cuando lo hace su propósito no es tanto sentar cátedra «ex novo», de hecho no aporta ninguna idea extremadamente original sobre lo ya conocido por las diferentes teorías del crecimiento económico (desde Adam Smith hasta Solow), simplemente su exposición tiene una finalidad didáctica: demostrar al público en general los factores que explican el origen de la pobreza y su persistencia, frente a la ignorancia o los argumentos simplistas que llaman a la inacción.

Evidentemente, en la argumentación de Sachs se perciben ciertas preferencias teóricas del autor que, al no encuadrarse en ninguna escuela económica determinada, se podrían definir como de un sabio «eclecticismo con preferencias». Esta actitud permite explicar, además, algunas duras e injustas críticas vertidas por ciertos científicos sociales que, olvidando el sentido real y finalista del libro, se han sentido aludidos de manera negativa u olvidados. Sin embargo, hay que reconocer que el entusiasmo de Sachs ha podido resultar a algunos, sobre todo a quienes han venido trabajando en la lucha contra la pobreza durante décadas, como insultante por su frecuente recurso al «*easy-to-achieve*».

Es cierto que existe, por su parte, una velada crítica a las teorías del crecimiento endógeno, no en vano el autor sostiene que la ayuda exterior es la principal arma de lucha contra la pobreza, pero en reiteradas ocasiones hace alusión a la importancia que juegan los factores propios (recursos naturales e institucionales) para ascender un peldaño en la escalera del crecimiento. Es más, no son pocos quienes han visto en la defensa de los factores geográficos (como poderosos condicionantes del desarrollo), así como en la desmitificación de la corrupción de los países pobres (como elemento insalvable para mantener la eficacia de la ayuda económica exterior), también, cierta exageración y determinismo económico en el primer caso, e ingenuidad peligrosa, en el segundo⁶. Del mismo modo, Sachs se despacha en más de una ocasión en contra de las últimas corrientes neo-liberales que han tendido a simplificar los modelos de crecimiento, garantizando el éxito de aquellos que siguen sus proclamas liberalizadoras y privatizadoras, rechazando cualquier tipo de ayuda estatal por inútil e incluso pernicioso bajo viejos pretextos. Pero, frente a lo que cabría pensar inicialmente, esto no es óbice para encontrar en Sachs a un ferviente defensor de las virtudes del mercado,

6. KLEIN, Joseph A. *Global deception. The UN's stealth assault on America's freedoms*, Los Angeles, World Ahead Publishing, 2005, pp. 58-60.

una vez que los países pobres dejen de serlo y puedan beneficiarse de la globalización. Eso sí aunque, entretanto, resulta imprescindible la ayuda institucional y económica de los gobiernos del mundo rico y contar con la colaboración institucional de los países pobres. En esta reseña no quisiera caer en la trampa de los críticos de Sachs, entre otras cosas porque encuentro que son muchísimas más las virtudes que los defectos. De todos modos, de manera sintética, me gustaría señalar que el estilo de libro es ágil y de fácil lectura. El autor lo ha escrito, de acuerdo a su finalidad, para el gran público (*best-seller*). Pero, teniendo en cuenta este último criterio, probablemente la obra hubiera aumentado su repercusión lectora si el autor hubiera resumido la parte biográfica a su mínima expresión, sobre todo cuando los problemas tratados afectan a países que no cabe calificar de extremadamente pobres. Desde el punto de vista del análisis, la historia económica y la propia realidad nos viene demostrando que los procesos de crecimiento económico, frente al modelo lineal descrito por Rostow⁷, siguen caminos diferenciados porque, aunque las tendencias puedan ser semejantes, sus resultados son fruto de la interacción de múltiples factores (capital humano y capital físico), cuya dotación y uso eficiente (PTF) ha sido desigual geográficamente y cambiante a lo largo del tiempo. Si se conviene que el modelo de desarrollo no es único y, como dice el autor, la superación de la pobreza extrema requiere de un diagnóstico y tratamiento «clínico» para cada caso, el autor, junto a su interesante propuesta canalizada a través de la ONU, hubiera hecho bien en subrayar que caben otras soluciones y escenarios institucionales complementarios y/o alternativos⁸, porque ante el tamaño de la tarea toda ayuda siempre será poca. Mientras muchos economistas se devanan los sesos por buscar la solución más eficiente, hay otros que se limitan a buscarla y ponerla en práctica. Evidentemente, todos los esfuerzos son necesarios, pero en el tema de la pobreza es y ha llegado la hora de la acción. ■

José Ángel Garrués Irurzun, Universidad de Granada

-
7. ROSTOW, W. W. *The stages of economic growth: a non-communist manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1961.
 8. Entre ellos, porque no, se puede recoger algunas ideas de sus más fervientes críticos. Resulta difícil pensar que Sachs no reconozca la importancia de lo que William Easterly llama «*piecemeal reform approach*», en contra de su «*utopian social engineering*», que consiste en la suma de cambios más pequeños acumulativos en el tiempo y fáciles de evaluar. Nada nuevo bajo el sol, simplemente validar e integrar el trabajo desplegado por las diferentes instituciones humanitarias (ONGs, etc.) ya existentes, con la idea de generar todas cuantas sinergias sean posibles. EASTERLY, William, A modest proposal, reviewed of the end of poverty. Economic possibilities for our time, *The Washington Post*, Sunday, March 13, 2005, p. BW03. Sobre la ventajas de los programas integrados frente a los parciales, desde el punto de vista financiero, Dejak señala que con ello se evita la dependencia de los donantes y los altos costes de transacción de los programas más pequeños, pp. 145-146. DEJAK, Bojan. *The Cold War was won in the nineties: or a short history of the European bank for reconstruction and development*, Victoria (Canada), Trafford Publishing, 2005.

Margaret Lock. *Twice dead. Organ transplants and the reinvention of death*, Berkeley, Los Angeles, London, University Of California Press, 2002, 441 pp. ISBN: 0-520-22814-6 [24.95 \$]

La antropóloga Margaret Lock recoge en su libro «Twice dead» el proceso histórico de construcción del concepto «muerte cerebral», presentando sus condicionantes tecnológicos, culturales y sociales. La tesis fundamental de la autora es que la muerte cerebral (término que ella recomienda utilizar con precaución por su ambigüedad y por la carga emocional que conlleva el contexto de su diagnóstico) se ha creado con el único propósito de permitir y justificar la donación de órganos para trasplantes. Como tal, el concepto brota y está relacionado con los avances tecnológicos de la medicina, pero actúa sobre el universo cotidiano de las personas, teniendo que encontrar sitio y sentido en la conciencia y la práctica de todo individuo. Acercándose al campo de los trasplantes y las donaciones de órganos, la autora muestra especial interés en descubrir cómo se ha consolidado el diagnóstico de muerte cerebral, qué consecuencias tuvo este proceso en la sociedad y el por qué de la dispar aceptación de este diagnóstico en distintos países. Para contestar a estas preguntas, se analiza la práctica de los trasplantes, donación y muerte cerebral de forma comparativa en Japón por un lado y en EE.UU., Canadá y Europa por otro lado.

El estudio usa la metodología propia de la antropología, desarrollando un trabajo de campo tanto en Japón, como en EE.UU., Canadá y Europa, aunque también se realizan varias encuestas para reflejar la opinión pública sobre la donación y los trasplantes. Pero, es la parte cualitativa la más relevante en el texto y se realiza a través de entrevistas en profundidad a médicos y enfermeros de unidades de cuidados intensivos, a donantes en vida, transplantados, familiares de donantes, psicólogos y psiquiatras que trabajan con transplantados, expertos en temas legislativos y jurídicos, periodistas y políticos. También se trabaja a fondo con fuentes secundarias, tesis y opiniones provenientes de las ciencias sociales y la filosofía, lo que impregna el texto de alto valor documental y crea un entramado explicativo complejo de la historia de los trasplantes.

Según la propia Margaret Lock, su trabajo comparativo busca la relación entre «el surgimiento del conocimiento bio-científico (y las tecnologías que implica) y el orden social, político y moral (cargado de subjetividad)». Dicho de otra forma, su empeño se centra en superar la unidireccionalidad de la investigación médica (en busca de nuevos descubrimientos que permitan prolongar o mejorar la vida biológica de los individuos) e insertar estos avances en un contexto sociocultural, conocer a fondo sus consecuencias en la vida social y personal de los seres humanos y de los grupos sociales.

Si bien en los países occidentales donde se realiza el estudio, los trasplantes son ya una práctica socialmente aceptada y frecuente, en Japón la realidad es distinta. La Ley de Trasplantes de Órganos se ha introducido sólo en 1997, tras una larga y complicada deliberación de los expertos, que ha tenido gran eco en los medios de

comunicación y en el público. La ley supuso la resolución sólo legal del problema de los trasplantes, porque el debate sobre las implicaciones éticas y emocionales sigue vivo en Japón, lo que se traduce en que todavía se realizan pocos trasplantes y los órganos donados tras la muerte cerebral son muy escasos.

Los resultados del trabajo de investigación ofrecen las claves para comprender por qué en Japón se han encontrado tantos obstáculos para aceptar la muerte cerebral y, por tanto, las donaciones y los trasplantes, pese a disponer de una tecnología avanzada y de un contexto propicio al desarrollo médico. Como en cualquier proceso histórico, no se trata de encontrar una sola causa fundamental de los hechos, sino de desconstruir un largo y complejo proceso. Por eso la autora intenta incorporar a su estudio cualquier detalle que le parece valioso, de la historia, tradición, cultura, política y relaciones sociales japonesas, sin dejar de lado otros elementos diferenciadores de la cultura occidental, como por ejemplo aspectos lingüísticos propios del idioma nipón.

El primer punto diferenciador entre Occidente y Japón se puede buscar en la religión. El cristianismo sería la religión del altruismo y del amor al prójimo e invitaría a pensar en los demás y a ofrecerles lo que les pueda resultar valioso (aunque se trate de una parte del cuerpo). La caridad en sentido bíblico sería fundamental en la religión cristiana y esto llevaría, en el caso de la donación de órganos, a la metáfora de «regalo de la vida», como forma de acercamiento a la salvación individual y a maximizar la utilidad del cuerpo en la tierra. Además, en la historia de Occidente el cuerpo se ha usado desde antaño al servicio de la medicina, se ha disecado y experimentado, por lo que su mutilación por parte de la medicina se habría naturalizado.

No pasaría lo mismo en el budismo y el confucionismo. Para los japoneses el alma no se separa del cuerpo hasta que el cuerpo no esté totalmente frío. El cuerpo físico está en plena conexión con la persona (en sentido social), con el *ki* (la fuerza que se encarga de difundir la vida por el cuerpo) y el *kokoro* (la fuente interior de la persona, el centro donde nacen los sentimientos). La muerte no es un momento, sino un proceso que además se prolonga a través del recuerdo que los familiares mantienen de la persona difunta. Memorizar a los muertos hace que se transformen en antepasados, pero su muerte no significa su desaparición total de la vida familiar. Los japoneses hacen mucho hincapié en conservar el cuerpo sin vida intacto y recordarlo como tal. Para ellos, la muerte «buena» es la que ocurre en presencia de la familia, a una edad avanzada, sin violencia y sin implicación de los médicos. Aceptar la muerte cerebral como final de la vida es especialmente difícil ya que se asocia a una muerte «mala». Además, el aspecto del cuerpo mantiene señales de vida, excreta y respira, aunque artificialmente, y el corazón late. La muerte cerebral realza por tanto la dualidad muerte-vida, no permite mantener la muerte como un proceso largo y confuso.

En Japón el peso de la tradición es fundamental. Los sectores sociales más conservadores intentarían mantener la nostalgia por el pasado, por fuertes sentimientos patrióticos. Pero incluso fuera del alcance de esta visión extremista, la tradición japonesa actuaría y estructuraría la vida social de las personas, afectando también el concepto de

muerte. Para muchos japoneses, la tradición es lo genuino, lo que se debe mantener, pese a los avances tecnológicos y a su asimilación dentro de la sociedad. La tradición es invocada como defensa en contra de las amenazas a la identidad nacional o al orden moral y social. Los trasplantes y todo el universo que implican están inmersos en la retórica de la diferencia, siendo vistos muchas veces como elemento proveniente del exterior, del «otro». Occidente se convierte así en fuente desequilibrante de la tradición, imponiendo un utilitarismo e individualismo con el que a los japoneses les cuesta convivir. Como muestra la investigación de Lock, muchos de los argumentos en contra de la muerte cerebral como final de la vida están influidos por ese rechazo hacia la influencia externa.

Otro elemento explicativo sobre el recibimiento social de la muerte cerebral y de las donaciones es el papel que se le da a la ciencia médica en distintas sociedades. En los países occidentales predominaría una mayor confianza en el saber médico, mientras que en Japón la relación con los profesionales sanitarios tiene otras características. Históricamente, en Japón, se han dado varios casos de errores médicos graves (la autora los explica detenidamente) incluso de abusos, irregularidades y casos de corrupción, lo que ha generado mucha desconfianza por parte de la sociedad hacia la biomedicina. La relación médico-paciente es totalmente opaca y la comunicación prácticamente no existe (así lo reflejan varios pacientes entrevistados). El tiempo que emplean los médicos en dar explicaciones a los enfermos es muy limitado y el sistema sanitario en general recibe muchas críticas, carece de unidades de calidad que se encarguen de mejorarlo y sus fondos son insuficientes.

En el caso de los trasplantes, las entrevistas realizadas por Lock en Japón a familiares de posibles donantes en muerte cerebral demuestran la falta de tacto y sensibilidad con la que los médicos actúan al proponer la extracción de órganos. El problema va más allá: los mismos cirujanos prefieren a veces no proponer la donación, por sus propias creencias o por la dificultad que les supone plantear el tema a los familiares. Margaret Lock propone en este punto la importancia de desarrollar las capacidades relacionales necesarias en los profesionales de enfermería, tal como se realiza en Occidente con buenos resultados. Estos profesionales, previamente preparados, tendrían la posibilidad de invertir más tiempo en apoyar, acompañar e informar a los familiares sobre la posibilidad de donar órganos.

Otro paso importante para comprender la variación en la aceptación social de la muerte cerebral y de los trasplantes consiste en conocer el papel desempeñado por los medios de comunicación. En Japón la prensa escrita y, sobre todo, la televisión han ocupado un lugar activo en este proceso. Su implicación ha sido continua, siguiendo de cerca cualquier acontecimiento importante e incluso participando físicamente en los dos primeros trasplantes realizados en Japón después de la Ley de Trasplantes. El impacto mediático culminó en 1990 con la emisión de un programa claramente en contra de la definición de muerte cerebral, que trataba de sensibilizar al público y crear dudas sobre si la muerte cerebral era el final de la vida.

En cambio en EE.UU., Canadá o Europa, la prensa no se ha situado tan claramente a favor o en contra de los transplantes y, por tanto, su influencia ha sido menor. Desde luego no hay que desestimar la importancia de las fuerzas políticas sobre los medios de comunicación (sobre todo en el caso del canal televisivo nacional como el que difundió en Japón el reportaje citado) y deberíamos preguntarnos a qué intereses servía la proliferación de una actitud negativa hacia la muerte cerebral y las donaciones de órganos en Japón.

El trabajo de Margaret Lock resulta accesible y de gran interés dada la escasez de materiales similares que ofrezcan las claves culturales y sociales para la comprensión del impacto de los transplantes de órganos en la sociedad. El texto organizado en capítulos debate los distintos temas que la autora considera fundamentales, pero también se recogen literalmente parte de los testimonios recogidos, de las entrevistas realizadas en el estudio, dejando al lector el espacio necesario para sus propias reflexiones. La metodología concreta seguida por la antropóloga se desvela sólo hacia el final de la publicación, aunque se puede intuir desde un principio. Esta estrategia a la hora de organizar el texto subraya la discusión, y no tanto el trabajo antropológico en sí. Además, contribuye a alejar el texto de un modelo didáctico, tipo manual, y configura una base conceptual muy consolidada como punto de partida para cualquier investigación de historia o antropología sobre los transplantes de órganos. ■

Alina Danet, Universidad de Granada

Francisco Fernández Buey. *Albert Einstein: ciencia y conciencia*, Barcelona, Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo, Colección «Retratos del Viejo Topo», 301 pp. ISBN: 84-96356-21-3.

La biografía de Einstein (Ulm, 1879—Princeton, 1955) aquí reseñada resulta paradigmática acerca del valor, dignidad y multiplicidad de usos del género biográfico cuando el acercamiento es intelectualmente crítico y ambicioso en el manejo de las diversas fuentes históricas. En efecto, esta monografía de Francisco Fernández Buey, además de presentar los principales trazos del periplo vital de uno de los más grandes científicos de la humanidad, nos acerca a algunos de los acontecimientos y debates socio-políticos más decisivos en la historia del siglo XX a través del destacado protagonismo que, más allá de sus esenciales contribuciones a la física contemporánea, jugó en ellos este gigante intelectual. El incansable activismo público de Einstein en defensa de la paz hasta el final de sus días hace de él un modelo de la responsabilidad moral y social

de los científicos en las sociedades industriales avanzadas. De ahí la relevancia de las lecturas ética y pedagógica que esta biografía también suministra.

Su estructura básica sigue de cerca la cronología vital de Einstein, si bien la organización de los 34 capítulitos no numerados que la integran es temática y analiza el desarrollo de sus inquietudes intelectuales y actividades públicas, dentro y fuera del campo de la física, desde su adolescencia y juventud hasta el final de sus días. Fernández Buey repasa el amplio espectro de temas y problemas que interesaron a Einstein en su insaciable curiosidad, proporcionándonos una visión de su biografía intelectual integrada, coherente y plenamente inserta dentro de las corrientes del pensamiento y de la cultura de su época, sin olvidar tampoco las frecuentes revisiones a que sometió sus ideas extracientíficas en el transcurso de su vida.

Se trata de una síntesis vigorosa, rigurosamente documentada en las fuentes primarias (incluida la correspondencia de Einstein) y en la bibliografía internacional más reciente sobre su figura y obra, lo que no es óbice para que Fernández Buey haya logrado imprimir a su estudio un estilo claro y ágil que invita a la lectura y amplía notablemente la audiencia potencial del mismo. Así, por ejemplo, no resultan nada desdeñables los plausibles esfuerzos del biógrafo por explicar de forma sencilla y crítica, con sus limitaciones y fracasos, las aportaciones revolucionarias de Einstein a la física contemporánea en el ámbito de la teoría de la relatividad y de la mecánica cuántica.

Aunque no aparezcan formalmente establecidas, en esta biografía de Einstein pueden distinguirse tres partes. En la primera (pp. 13-116, capítulos 1-14), centrada en sus años de adolescencia y juventud, se abordan sus destacadas inquietudes en distintos campos filosóficos (ética, lógica, epistemología, metodología, filosofía de la ciencia, metafísica), así como las fuentes intelectuales de que éstas se vieron nutridas, además de exponerse sus contribuciones científicas en el campo de la física.

Una segunda parte, más breve (pp. 117-151, capítulos 15-19), incluye la definición de los principales rasgos de la personalidad y cosmovisión de Einstein, con particular énfasis en sus ideas sobre las relaciones —a su entender no necesariamente conflictivas— entre ciencia y religión; en su concepción de la «religiosidad cósmica», de raíz sobre todo spinoziana; y en su «racionalismo atemperado» (en la acertada expresión de Fernández Buey) que entraba en conflicto con el espíritu positivista de su tiempo. Tal como destaca su biógrafo, Einstein no aceptaba la existencia de líneas de demarcación rígidas entre el conocimiento científico y otros tipos de conocimiento, señalaba las limitaciones del análisis reductivo propio de las ciencias experimentales, rechazaba las exageraciones empiristas de los positivistas, y vindicaba la especulación y la intuición como parte del *armamentarium* esencial para el conocimiento científico.

La caracterización de Einstein como «un hombre realista y racionalista en física» a la vez que «un idealista en el plano político-moral» (p. 135) abre las puertas a la tercera parte (pp. 152-275, capítulos 20-34) de esta biografía suya, que se centra en su incansable proyección pública, desde su juventud hasta sus últimos días, como activista cívico frente a los grandes males socio-políticos de su tiempo. Fernández

Buey aborda de forma específica las ideas de Einstein sobre la cuestión judía (no está de más recordar aquí que prefería un acuerdo razonable y pacífico de la comunidad judía con los árabes a la creación de un estado judío con fronteras, ejército y poder político), su crítica contra los nacionalismos (de la que sólo salvaba al nacionalismo judío porque «su fin no es el poder, sino la dignidad y la salud moral», p. 180), la anarquía económica y el hombre máquina (a raíz de la crisis de 1929), y su defensa de un socialismo liberal y cosmopolita. Ahora bien, el tema estrella de esta última y más extensa parte de esta biografía de Einstein, y que más contribuyó a convertirle en un personaje incómodo, es inevitablemente su pacifismo, cuya evolución al hilo de las gravísimas crisis socio-políticas de que fue testigo en el transcurso de su vida adulta (desde la I Guerra Mundial hasta la Guerra Fría, pasando por la crisis de 1929, el advenimiento del nazismo al poder en Alemania, la Guerra Civil Española, la II Guerra Mundial y las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki) se analiza con cierto detalle. En el relato sobresale su protagonismo cívico, sin que ello implique la renuncia a situar sus actividades en el complejo contexto histórico de la primera mitad del siglo XX, con particular atención al decisivo papel de la ciencia (la física, sobre todo) en la lucha por el control entre las grandes potencias por la hegemonía en el dominio del planeta.

Durante la I Guerra Mundial y hasta comienzos de la década de 1930, Einstein propugnaba un pacifismo radical de marcado signo antimilitarista que arremetía contra las actividades armamentistas de los gobiernos frente a las cuales llamaba a la objeción de conciencia activa y a la desobediencia civil. El nazismo le abrió los ojos acerca de los límites del pacifismo como instrumento de resistencia frente a los regímenes despóticos, y le llevó a propugnar desde EE.UU., donde se había trasladado en 1933, un tribunal internacional y una fuerza de policía supranacional. Ante la Guerra Civil Española en 1937 criticó severamente (para escándalo de Ortega y Gasset, entonces residente en París) a los pacifistas británicos y franceses que apoyaban la política de no intervención de sus gobiernos. En agosto de 1939 firmó una célebre carta dirigida al presidente Roosevelt que le alertaba sobre el supuesto potencial armamentístico de las investigaciones sobre el uranio desarrolladas en el Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín que están en los orígenes del Proyecto Manhattan. Tras los bombardeos atómicos norteamericanos en Japón que pusieron final a la II Guerra Mundial, Einstein sufrió agudamente el final definitivo de la «edad de la inocencia» de la ciencia y el destino trágico de los físicos, volcándose en el activismo por la paz y el desarme nuclear desde el «Comité de Emergencia de los Científicos Atómicos», que presidió entre 1946 y 1949 y que propugnaba como aglutinador de los científicos conscientes que habían de liderar este movimiento. En los duros tiempos de la Guerra Fría, acentuó sus críticas contra la carrera armamentística y el militarismo estadounidense que calificaba de «poder desnudo» y cuya deriva «hacia un régimen fascista» denunciaba. Sus últimos años los dedicó a insistir en su vieja idea del gobierno mundial, a defender el socialismo, a vindicar las formas de lucha gandhiana (objeción de conciencia, no-cooperación y desobediencia civil) para resistir

al «poder desnudo», y a propugnar el desarrollo de una cultura ética como garantía de supervivencia de la especie humana en la era nuclear.

Albert Einstein: ciencia y conciencia constituye, en suma, una aproximación biográfica a este fascinante personaje, centrada en su proyección pública como librepensador humanista y destacado activista de la paz y los derechos humanos en los tiempos particularmente convulsos que le tocaron vivir. Pese al medio siglo transcurrido desde su muerte, su ideario y el testimonio de su infatigable activismo siguen teniendo validez para iluminar los problemas socio-políticos más acuciantes del planeta en nuestros días. Su énfasis en el *ethos* de los científicos —la aristotélica «causa final» que la ciencia moderna pretendió desterrar de su epistemología— no puede resultar más oportuno ante la magnitud de dimensiones que han cobrado las implicaciones sociales y morales de la actividad tecno-científica en el mundo global del siglo XXI. ■

Jon Arrizabalaga, Institución Milà i Fontanals (CSIC, Barcelona)

Frank Huisman, John Harley Warner (eds.). *Locating medical history. The stories and their meanings.* Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2004, 507 pp. ISBN: 0-8018-7861-6.

La indagación historiográfica en la propia disciplina suele emplear un abordaje analítico, como en los casos notorios de los trabajos, tan utilizados en nuestro medio, de Edith Heiskel (1949)¹ o José María López Piñero (1987)², lecturas que siempre conviene enriquecer con los más abundantes estudios biográficos sobre actores del escenario profesional. Otra posibilidad, de no menor interés, si bien menos habitual, es la reflexión autobiográfica³. El libro que comento aquí ofrece una original mezcla, en la medida en que incluye ambos modelos de acercamiento, concediendo gran relevancia a la subjetividad de los autores: de ahí su título, puesto que, de acuerdo con uno de los santos principios de la postmodernidad, la «localización» es premisa indispensable para la explicación. Esta localización es temporo-espacial e ideológica y metodológica al mismo tiempo. La estructura general de la colección (1. Tradiciones —del nacimiento

1. Edith Heiskel. Die Geschichte der Medizingeschichtsschreibung. In: W. Artelt (ed.), *Einführung in die Medizinhistorik*, Stuttgart, Enke, 1949, pp. 202-237.
2. LÓPEZ PIÑERO, José María. Los modelos de investigación historicomédica y las nuevas técnicas. In: A. Lafuente, J.J. Saldaña (eds.), *Historia de las ciencias*, Madrid, CSIC, 1987, pp. 125-150.
3. Erwin H. ACKERKNECHT. Recollections of a former Leipzig student, *J. Hist. Med.*, 1958, 13, 147-150; Luis S. GRANJEL. *Memoria personal*, Bilbao, Euskal Medikuntzaren Historia Mintegia, 1988.

de la historia de la medicina al tiempo de Sigerist; 2. Revisando el trabajo de una generación —el triunfo de la historia social de la medicina; 3. Después del giro cultural —nuevos problemas, nuevos modelos, nuevos públicos) transmite una idea del devenir historiográfico que, sintéticamente, podemos resumir en el paso de una historia de los médicos a una historia de la medicina y a una historia de la salud.

Expondré brevemente su contenido. 20 capítulos, precedidos por una introducción, más índice analítico e información sobre los autores, una amplia panoplia de notables colegas británicos, holandeses, alemanes y norteamericanos, más una canadiense y dos francesas. La primera parte incluye trabajos sobre Sprengel, Daremberg, Julius Pagel y Max Neuremberg, Sudhoff, Osler y Sigerist. La segunda, relatos en primera persona (explícita o implícitamente, según los casos) acerca de los cambios disciplinares y profesionales en diversos escenarios geopolíticos (Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y Francia), editoriales (revistas *Bull. Hist. Med.*, *J. Hist. Med.*, *Soc. Hist. Med.*, *Med. Hist.*) y de influencias (tándem Canguilhem/Foucault; punto de vista postcolonial), con los que se pretende resumir la época de oro de la historia social. La última parte suma diversas reflexiones sobre alternativas y problemas recientes, no todas acerca de la nueva historia cultural como se podría deducir del título de la sección. Los 23 autores, más los editores, son, en su gran mayoría, perfectamente conocidos en el medio profesional, de Vivien Nutton a Alfons Labisch, de Ludmilla Jordanova a Roger Cooter, Martin Dinges o Roy Porter (en la que, por desgracia, debe ser una de sus últimas apariciones impresas) y componen un elenco representativo de la confraternidad historicomédica mundial. Junto con la colección de artículos publicados en *Social History of Medicine* entre 1990 y 2000 y el anterior coloquio europeo editado por Anne-Catherine Bernès (*Nouveaux enjeux de l'histoire de la médecine. Actes du colloque européen, organisé à l'initiative du Centre européen d'histoire de la médecine. Strasbourg, 29 et 30 mars 1990*), este texto gozará de una atención preferente a la hora de procurar materia de reflexión sobre los contenidos, las motivaciones y los caminos de esa parcela del saber historiográfico. Como han dejado dicho Teresa Huguet y Álar Martínez (2004): «En el momento actual, la diversidad de formación y trayectorias, de supuestos y de finalidades, de públicos receptores y de inquietudes entre los historiadores de la medicina, resulta un hecho incuestionable y sumamente enriquecedor» 4.

Efectivamente, hay muchas cosas que aquí se cuentan que no tiene que ver con la experiencia profesional hispana, posiblemente de los lugares donde la presencia de cultivadores de la historia de la medicina y de la salud con formación médica es más mayoritaria, y, sin embargo, nos resultan familiares en tanto que transmiten valores que compartimos con el resto de la comunidad epistémica mundial de historiadores

4. Teresa HUGUET; Alvar MARTÍNEZ VIDAL. Tendències historiogràfiques de la medicina a les portes del segle XXI. XIII Congrés d'Història de la Medicina Catalana, Castell de Masricart a La Canonja (Tarragona) 4, 5 i 6 de Juny de 2004, <http://www.recercat.net/bitstream/2072/3609/1/0.+Martinez-Huguet.pdf> (consultado el 24 de enero de 2007).

de la salud. Los cambios de enfoque y, consecuentemente, de temas de estudio y de metodología que se justifican en los textos aquí recogidos también se han dado entre nosotros. La producción historicomédica española se inserta sin dificultad en el concierto internacional, como se puede verificar en las reuniones y organizaciones supranacionales en las que participamos, sin más que superar el escalón lingüístico. Incluso ese cierto rasgo masoquista con que nos autocaracterizamos al discutir obsesivamente en nuestros simposios y congresos de la SEHM acerca del «futuro de la disciplina» encuentra reflejo en el concierto internacional. Pero nada de alarmas. Es prácticamente unánime la afirmación de que el interés social por la salud, la enfermedad, las ciencias médicas y la asistencia médica y sanitaria garantiza longevidad a la investigación en este terreno. Y un curioso, e inesperado, análisis bibliométrico acerca de las principales revistas anglosajonas de la disciplina (capítulo firmado por Amsterdamska e Hiddinga) nos garantiza una existencia en buena medida autosuficiente, a partir de la predominancia del estudio de casos. ¿Y alguien debería asustarse porque el contenido teórico de los trabajos historiográficos sea menos relevante que su faceta empírica? No lo creo, sino todo lo contrario; desvelar la particular interrelación de elementos científicos, políticos, culturales en los episodios particulares es el sentido de nuestro trabajo, con independencia de planteamientos constructivistas o intelectualistas. ■

Esteban Rodríguez-Ocaña, Universidad de Granada

Teresa Ortiz Gómez. *Medicina, historia y género. 130 años de investigación feminista*, Oviedo, KRK ediciones, 2006, 362 pp. ISBN: 84-96476-52-9 / 978-84-96476-52-3.

Quince años antes de la publicación de este libro, su autora presentó en la reunión de la Sociedad Española de Historia de la Medicina celebrada en Málaga una ponencia titulada: «El método en medicina desde los estudios feministas». En aquella misma reunión, un conocido colega propuso utilizar un peculiar método de trabajo, el método TELVA, que consideraba especialmente apreciado por las amas de casa, para resolver la cuestión espinosa de realismo y constructivismo en ciencia. Antes de la humorada, nuestro colega expresó públicamente su preocupación por la reprimenda que podría acarrearle su ingeniosidad por parte de Teresa Ortiz, la feminista oficial del encuentro. Realmente no sé que sucedió después, pero muchas veces me he preguntado que habría pasado si Eva en vez de ofrecerle la manzana a Adán, se la hubiera tirado a la cabeza. Parece que la posibilidad de un revisionismo que permitiera que se materializase esta segunda opción comenzaba a abrirse camino en las reuniones profesionales de

la SEHM de esos años. En poco tiempo, sin embargo, la prudencia ante el temor que inspiraba la contusión por manzana arrojadiza, evolucionó a respeto y el respeto permitió que se desarrollase un interés auténtico por incorporar en nuestro trabajo docente e investigador las novedades metodológicas que los estudios de las mujeres aportan al análisis histórico de la salud y de la enfermedad. Y en esta evolución que nos enriquece, la energía y la inteligencia de Teresa Ortiz ha tenido mucho que ver.

El libro que reseño es una interesante reflexión sobre este proceso en el cual ella ha participado y participa con entusiasmo; pero, además, es una exhaustiva historia de la historiografía de las mujeres en la medicina y un lúcido análisis de las relaciones entre la historia de las mujeres y la historia de la medicina y, en menor medida, la historia de la ciencia. El libro está estructurado en tres partes parcialmente deudoras de su origen como memoria de oposición a cátedra. La amplia bibliografía y un útil índice analítico cierran el trabajo.

En un primer apartado que titula «El feminismo académico y la historia de la medicina y de la ciencia: contextos y conceptos» se abordan conceptos claves del feminismo como son los de género, sexismo y androcentrismo. El apartado se centra especialmente en el género como categoría de análisis y demuestra su utilidad en el trabajo de investigación histórico-médica en relación a los conceptos y a las prácticas sobre la salud. La autora no olvida, sin embargo, que la normalización de la categoría género y su incorporación a los discursos sociales dominantes puede acarrear la invisibilización de las mujeres y potenciar la despolitización de sus necesidades y deseos. Problemas que se revelan especialmente complejos en la relación género/cuerpo a la que se dedica un apartado específico. Desde acercamientos constructivistas, donde parece que el cuerpo biológico de hombres y mujeres ha desaparecido, la autora nos lleva hasta acercamientos que, por el contrario, se centran en la corporeidad de la diferencia sexual. Es precisamente con una reflexión sobre conceptos básicos del feminismo de la diferencia con lo que se cierra este primer apartado. Y a este lector le llama la atención que la autora, que explícitamente no se sitúa dentro de esta corriente de pensamiento, sin embargo, utilice propuestas centrales de este movimiento intelectual y político para estructurar la segunda parte del libro que titula: «Medicina, mujeres y género, un análisis historiográfico».

El yo de la autora aparece en muchas ocasiones a lo largo de esta monografía y resulta muy pertinente con ocasión de explicar el porqué de este apartado específico sobre la historia de la historiografía contemporánea sobre salud y mujeres. Recurriendo a un topos muy común en mujeres que a lo largo de la historia han intentado construir un espacio de identidad profesional propio, escribe: «Con el paso del tiempo me di cuenta de que la cuidadas genealogías construidas y enriquecidas por tantos de mis colegas y maestros no me servían totalmente para situarme como profesional y para reconocer algunas facetas de mi quehacer historiográfico» (p. 76). Y para situarse y ayudar a que nos situemos, recorre, con cuidado, un espacio geográfico —europeo y norteamericano— y cronológico amplio en el que se ha trabajado sobre historia de

la medicina y mujeres, dividiéndolo en tres etapas: la que denomina de los orígenes (1872-1959), la de los años de profesionalización y cimentación empírica y metodológica (1960-1990) y el de consolidación e integración (1991-2003).

El estudio es muy detallado con profusión de fuentes y uniendo al trabajo cuantitativo un fino análisis cualitativo. Además de rastrear y contextualizar las distintas genealogías de investigación en historia de la medicina y género, aporta un análisis de los resultados de la investigación en este campo que divide en dos grandes líneas temáticas: la de los discursos y la de las prácticas, aunque reconoce que los límites entre ellas cada vez son más difusos. La hibridación, préstamos disciplinares y transversalidad conceptual son, en opinión de la autora, los sellos que identifican la práctica de quienes en el siglo XXI se dedican a trabajar sobre mujeres, salud y medicina. Si las categorías y, en general, la mirada complejizadora que proviene de los estudios de las mujeres resulta fructífera para que los profesionales de historia de la medicina nos replanteemos, de modo amplio, categorías de análisis y conceptos que *a priori* podíamos pensar como no explícitamente ligados a la diferencia sexual —neutralidad de la ciencia, conocimiento experto, autoría, institucionalización del conocimiento, procesos de profesionalización etc.—, me parece interesante la apelación al otro lado. Teresa Ortiz también apela a las historiadoras de las mujeres para que, en este caso, presten mayor atención a los temas de salud y cuidado del cuerpo femenino y a los planteamientos metodológicos más novedosos de la historia de la medicina y de la historia de la ciencia.

La última parte del libro titulada «La historia de la medicina en nuestros días: interdisciplinariedad, pluralismo y diversidad» reflexiona sobre el papel de la historia de la medicina en la organización de los estudios universitarios en España y sugiere, basándose en su experiencia docente pionera, la necesidad y las ventajas de ampliar el público tradicional de nuestra disciplina. Pese a que anuncia el apartado como una presentación del campo histórico-médico para quienes lo conocen poco, mi impresión es que el detallado estudio de las últimas tendencias historiográficas, del quiénes somos y del qué hacemos puede quedarse en un material de consumo interno. Con dudas sobre la idoneidad, no del contenido pero sí de la inclusión de este último apartado en este volumen, no puedo sino agradecerle a su autora el importante trabajo de síntesis y las aportaciones originales que presenta.

El libro se abre con dos citas, una de Henry Sigerist (1891-1957) y la otra, de Gerda Lerner (1920-). Teresa Ortiz, con gran acierto, ha querido colocarse en una genealogía intelectual y política donde dos historiadores tan distintos, le permiten decirnos «que una historiadora de la medicina y de las mujeres es alguien que toma parte activa en la vida de su tiempo, y que aspira a cuestionar y transformar la organización y el orden del conocimiento» (p. 15). Tras la lectura de este trabajo, nos quedamos convencidos. ■

